

LA CULTURA DEL EXILIO VASCO

Lengua y literatura

Autor: José Ángel Ascunce Arrieta



LA CULTURA DEL EXILIO VASCO

Lengua y literatura

Autor: José Angel Ascunce Arrieta

0. INTRODUCCIÓN	3
1. CARACTERÍSTICAS GENERALES DE LA CULTURA DEL EXILIO VASCO	4
1.1. Cultura del exilio nacionalista	7
1.2. Cultura del exilio republicano	11
1.3. Puntualizaciones sobre una panorámica general	14
2. TEMÁTICAS DE LA CULTURA DEL EXILIO VASCO	16
2.1. Plano de la recordación	18
2.2. Plano de la responsabilidad	23
2.3. Plano de la nostalgia	32
3. PENSAMIENTO DEL EXILIO VASCO	36
3.1. Eugenio Imaz	36
3.2. Juan Larrea	40
3.3. Cástor Narvarte	43
3.4. Otros pensadores	45
4. CONCLUSIÓN FINAL	48
5. BIBLIOGRAFÍA	50

0. INTRODUCCIÓN

Analizar y valorar la temática de la cultura del exilio vasco es una aventura sin término, ya que las perspectivas de enfoque pueden ser tan plurales como heterogéneas. Igualmente, los resultados obtenidos pueden ser muy diferentes dependiendo de los enfoques de estudio que el crítico quiera privilegiar. Por otro lado, la realidad del exilio con sus resultados culturales es tan rica y tan diversa que todo posible acercamiento crítico ofrecerá unas valoraciones a todas luces parciales. La realidad analizada será siempre más compleja que los resultados ofrecidos por una lectura crítica, independientemente de los méritos que ésta pueda ofrecer. Según se va profundizando en este tema, uno es más consciente de la relatividad de los trabajos realizados y de la amplitud de la tarea que queda por realizar. Por eso, dentro del relativismo que debe presidir en este tipo de trabajos, ofrecemos en este estudio una lectura crítica que pretende ser lo más exhaustiva posible sin marginar otras posibles que pueden completar, incluso contradecir, la que se ofrece en estas páginas. Lo fundamental es seguir en este camino de trabajo y de análisis para ir poco a poco dominando parcelas pequeñas, pero siempre importantes, de este tema, tan sugestivo como clave en nuestra cultura, como es la cultura del exilio vasco.

Con dicho propósito se ha partido de un plan de trabajo. En el mismo se ha querido potenciar los rasgos constitutivos de lo que venimos denominando como "Cultura del exilio vasco" y a la vez analizar aquellas orientaciones temáticas que de forma más clara y persistente pueden definir esta cultura para terminar proponiendo algunos ejemplos particulares del pensamiento generado en el exilio por los hombres de nuestra diáspora. Se ha intentado plantear en dosis parecidas tanto lo general como lo particular. Como los sujetos particulares son siempre agentes de la historia como artífices de su momento humano y de su realidad intelectual, es legítimo partir de sus obras y de sus ideas para definir su momento histórico y cultural que los define y los determina. Éste ha sido el propósito del presente estudio. Por eso, la panorámica que ahora se ofrece se ha estructurado en tres partes. Un primer capítulo que analiza las características generales del hecho cultural del exilio vasco; un segundo apartado que estudia sus líneas temáticas más representativas y un tercero que profundiza en el pensamiento del exilio. Se piensa que el lector puede sacar una idea cercana y real de lo que es y de lo que significa para nosotros y para nuestra historia el fenómeno cultural de la diáspora vasca.

1. CARACTERÍSTICAS GENERALES DE LA CULTURA DEL EXILIO VASCO

La Guerra Civil fue el acontecimiento clave que determinó, en un sentido o en otro, e independientemente de las ideologías o de las creencias de los propios beligerantes, la suerte de todos los vascos. La población en su totalidad tuvo que sufrir los horrores y las consecuencias de la contienda¹. Es verdad que los efectos fueron muy desiguales, mucho más duros para los vencidos que para los vencedores. Unos sufrieron la derrota en todas sus manifestaciones, la gran mayoría padeció sus nefastas consecuencias y muy pocos gozaron la victoria en todas sus oportunidades. El pueblo, siempre el gran perdedor en esta clase de sucesos, ya fuera de una ideología o de otra, padeció los devastadores efectos, tanto materiales como espirituales, de una cruel y larga posguerra.

Desde un punto de vista ideológico la suerte de los vencedores y de los vencidos fue igualmente muy diferente. Los primeros, los vencedores, aceptaron sin problemas o, por lo menos, sin grandes traumas la cultura dominante²; los vencidos, por su parte, no tuvieron otro remedio que asumir a la fuerza, incluso por la vía de las represiones más salvajes, la ideología del grupo vencedor o bien tuvieron que optar por el silencio del exilio interior o por la ruptura física y humana del exilio exterior.

Con la victoria de las fuerzas sublevadas, se impone sobre todo el espacio del denominado Estado español la cultura del nacional-catolicismo³. Ésta se implanta como una cultura única y unitaria, conservadora y totalitaria. Para llevar adelante los propósitos “uniformizadores” que propugna, se fomenta toda una serie de mecanismos de penetración y atracción psicológica al mismo tiempo que se reafirman otros mecanismos de represión física. Igualmente se refuerzan vías de ideologización o de evasión al mismo tiempo que se imponen sistemas de depuración y de control. Las respuestas puntuales a esta política de unificación ideológica se observan en todas las manifestaciones de la cultura nacional-católica por simples o sutiles que éstas sean. La

¹ Sobre el tema de la Guerra Civil en Euskadi existe una bibliografía muy amplia y plural. Entre la misma selecciono unos pocos títulos. José M^a. Goñi Galarraga: *La Guerra Civil en el País Vasco. Una guerra entre católicos* (Vitoria, Edit. Este, 1989); A.A.V.V.: *La Guerra Civil en el País Vasco* (Coord. Manuel Tuñón de Lara) (Bilbao, Servicio Edit. de la U.P.V., 1989); J.M. Garmendia y M. González Portilla: *La posguerra en el País Vasco* (Zarauz, Edit. Kriselu, 1998); a estos títulos hay que añadir las magnas obras de las editoriales Haramburu Altuna y la actualmente en proceso de publicación de la Editorial Txalaparta.

² Sin embargo, las manifestaciones de desencanto y de rebeldía por parte de sectores reducidos del bando vencedor no tardaron en aparecer. La línea cultural y política del Estado dejó de coincidir bien pronto con los ideales que motivaron la participación en la guerra de grupos, aunque minoritarios, inicialmente incondicionales con el alzamiento. El exilio, la marginación o el enfrentamiento abierto fueron, por lo general, las respuestas organizadas entre el poder y esta fuerza primera de disidencia. Es imposible poder simplificar en una breve nota esta realidad debido a su gran complejidad. Baste decir que estos grupos de disidencia estaban formados principalmente por monárquicos y por falangistas desencantados.

³ Hoy en día se puede contar con una amplia bibliografía sobre el tema tratado. Sean suficientes los títulos que a continuación se ofrecen: José Luis Abellán: *De la guerra civil al exilio republicano (1936-1977)*, Madrid, Editorial Mezquita, 1982; Julio Rodríguez Puértolas: *Liturgia fascista española. Y Historia*, Madrid, Editorial Akal, 1986; Manuel Tuñón de Lara: “Cultura y culturas. Ideología y actitudes mentales” en *La guerra civil española*, Op. Cit., pp. 275-355; etc.

literatura infantil de los conocidos cómics del régimen⁴ puede ser una buena referencia de este trabajo de propaganda e de ideologización⁵. Los pequeños héroes del papel ejemplifican fielmente los valores y las conductas que los niños reales tenían que asumir en la vida diaria. Lo que se dice de los niños, se puede afirmar de los jóvenes o mayores. Nadie se podía librar de esta presión ideologizadora. Por otro lado, las salvajes depuraciones que sufrieron la universidad y los centros de educación testimonian a las claras esta necesidad de control y de represión física. Se buscaba acabar con toda presencia, por mínima que ésta fuera, de la cultura vencida. En este contexto, merece una atención especial el complejo y efectivo aparato burocrático de la censura. Se defendía la razón de uniformidad de ideales y de conductas para responder a los principios programáticos del sistema. Según los dictámenes oficiales, la grandeza y la libertad de la nación pasaban por el principio de unidad⁶.

De esta manera, se refuerza la ideología del régimen dominante y se silencia cualquier planteamiento de disidencia o de rebeldía⁷. Se llega a una uniformización cultural total. En este contexto de férreos controles en búsqueda de la unidad total, el exilio fue la respuesta lógica y consecuente de miles y miles de republicanos y nacionalistas que bien por convicción o bien por conveniencias se vieron obligados a huir de su país y a romper con su entorno humano para evitar males mayores.

El control ideológico practicado por el régimen en todas las partes de la geografía nacional y en todas las esferas del pensamiento fue absoluto y cruel. Sin embargo, si en alguna parte tanto la represión física como la beligerancia ideológica se caracterizaron por la violencia y por la crueldad, éstos fueron los casos del País Vasco, de Cataluña, en menor medida, de Galicia, territorios históricos donde dominaba una conciencia nacionalista de signo independentista. En estos casos, a la oposición fascismo-republicanismo con sus mil y una caras de partidos e intereses se verificó una segunda oposición, para los vencedores más peligrosa y, por tanto, más necesaria de erradicar que la primera: la de nacionales y nacionalistas⁸. Para la cultura nacional-católica, los separatismos nacionalistas se presentaron desde un primer momento como alternativas político-culturales más peligrosas que el mismo comunismo, ya que la razón de independencia implicaba la “desvertebración” de la unidad nacional. La cultura nacional-católica se opone a la cultura republicana y se enfrenta abiertamente a las culturas nacionalistas.

⁴ Véanse, por ejemplo, los títulos ya clásicos de *Flechas* (Zaragoza, 1936), Pelayos (San Sebastián, diciembre de 1936), *Flecha* (San Sebastián, enero de 1937), *Flechas y Pelayos* (San Sebastián, diciembre de 1938), *Maravillas* (San Sebastián, agosto de 1939); etc.

⁵ Está a punto de aparecer el estudio *San Sebastián, capital cultural (1936 – 1940)*, (San Sebastián, Imprenta Michelena, 1999), donde se analiza de forma pormenorizada los aspectos mencionados en este trabajo. Consúltense especialmente el tercer capítulo “El comic donostuarra”, pp. 91 – 226.

⁶ En este punto reside la explicación de las salvajes persecuciones contra la lengua vasca y, en menor cuantía, contra la lengua catalana. El español, como idioma del imperio, tenía que callar las otras voces lingüísticas que distorsionaban la pureza del idioma imperial. El principio de unidad política exigía la unidad lingüística.

⁷ Hasta la década de los cuarenta no se puede hablar de una cultura alternativa y hasta entrada la década de los cincuenta no se dan comportamientos claros de una cultura disidente. Por tanto, la única cultura que asume un protagonismo exclusivo dentro del espacio ideológico del Estado español es la del nacional-catolicismo.

⁸ Para evitar equívocos, especialmente a partir de las diferentes nominaciones que dan los críticos de la historia, en el presente trabajo se utiliza el término de “nacional” como sinónimo de bando franquista y de cultura nacional-católica y el vocablo “nacionalista” como expresión del grupo defensor de la cultura y de las tradiciones vascas.

A partir de estos principios generales, cabe hablar de una triple cultura en el espacio geográfico del País Vasco: la nacional católica de los vencedores y las culturas nacionalista y republicana de los vencidos. En cada una de estas esferas culturales hubo hombres insignes del País que se distinguieron por su trabajo y por su entrega. Dentro de la cultura nacional-católica se encuentran las figuras de la talla de Ramiro de Maeztu, José María Salaverría, Pedro Mourlane Michelena, Juan Antonio de Zunzunegui, José María de Areilza, Juan Zaragüeta⁹, etc. Por parte de la cultura republicana se ubican nombres de la importancia de Juan Larrea, Eugenio Imaz, Juan David García Bacca, Ernestina de Champourcin, Amado Alonso, Cecilia G. de Guilarte, Pedro Armillas, Juan de la Encina, Toribio Echevarria, Eduardo Ugarte, etc. Finalmente, como representantes de la cultura nacionalista, pueden ser mencionados personas de la importancia de José Antonio de Aguirre, Jesús de Galindez, Andrés Irujo, Alberto Onaindia, Orixe, Telesforo de Monzon, Andima Ibiñagabeitia, Justo Gárate, José María de Leizaola, Juan Antonio Irazusta, Eloy L. Placer, Martín de Ugalde, los Hnos. Estornés Lasa, etc. Sin pretender ser exhaustivos en los listados de nombres¹⁰, se ofrece una impresionante nómina de figuras que en circunstancias normales hubieran servido para catapultar a alturas insospechadas las culturas diversas, incluso encontradas, de este País. Pero este planteamiento implica entrar en los terrenos resbaladizos de los futuribles irreales, aspecto sumamente tentador pero nada eficaz.

La cultura del exilio, identificada con la cultura de los vencidos, abarca los espacios de los expresados nacionalistas y republicanos. La realidad social se impone sobre la dinámica cultural. A partir de esta consideración, si se quiere ofrecer una visión crítica de las características de cada una de estas modalidades culturales, es necesario marcar los límites analógicos y diferenciales entre la cultura del exilio nacionalista y la cultura del exilio republicano.

⁹ El caso del sacerdote oriotarra Juan Zaragüeta es muy peculiar. De mentalidad liberal, se sintió obligado como sacerdote a obedecer las consignas de la Iglesia, aceptando y defendiendo los principios del Movimiento. Juan Zaragüeta representa fielmente el trauma personal y espiritual del ser escindido entre razones de rebeldía y principios de obediencia, entre hombre y sacerdote. Éste sería un buen ejemplo del llamado problema del exilio interior aplicado a ciertos individuos del bando vencedor. Otros colaboradores, ocasionales o asiduos, del nacional-catolicismo lo fueron más por circunstancias o por miedo que por convicción. Éstos pueden ser los casos de Pfo Baroja, Resurrección María de Azkue, Julio de Urquijo, etc.

¹⁰ Cuando se inició el trabajo de rastreo sobre las personalidades culturales del exilio vasco, la nómina de los mismos no pasaba el listón de los cincuenta. En estos momentos se puede ofrecer un listado de cerca de ciento cincuenta representantes. Este dato nos demuestra la calidad y cantidad de los representantes de la cultura vasca en la diáspora.

1.1. Cultura del exilio nacionalista

Para comprender la realidad y significación de la cultura del exilio nacionalista es necesario remitirse al origen y educación de sus protagonistas y al propio hecho de la cultura nacionalista. Por circunstancias y por tiempo histórico, la cultura nacionalista quedó reducida a un mero proyecto sin posibilidad de fraguarse en realidad. El prometedor futuro de una cultura nacionalista rica y dinámica que estaba enraizando en importantes capas de la sociedad vasca quedó en una mera promesa sin una posibilidad de materializarse. El renacimiento cultural que desde finales de siglo se iba fraguando poco a poco y que en la década de los treinta empezaba a cosechar sus primeros frutos culturales no pudo celebrar su mayoría de edad. Los sueños de formación de un estado nacional con una cultura propia quedaron convertidos en una pesadilla de consecuencias trágicas. La Guerra Civil truncó esta oportunidad histórica¹¹.

A su vez, el gran contingente humano de exiliados vascos de ideología nacionalista pertenecía al mundo de la industria, del comercio, del campo, etc. Era fundamentalmente mano de obra especializada¹². Incluso, en la mayoría de los países de adopción, los exiliados de procedencia vasca fueron recibidos de forma satisfactoria como fuerza de producción y de desarrollo económico y no como representación de una etnia o de una cultura. En estos países los vascos eran considerados como excelentes trabajadores manuales y muy secundariamente como intelectuales. La diáspora vasca también se relacionaba, aunque en escala bastante inferior, con las clases de las profesiones liberales: médicos, abogados, arquitectos, periodistas, etc., que pueden denominarse como clases dirigentes. Muchos de ellos no pudieron ejercer sus profesiones personales, teniendo que aceptar otros trabajos para poder subsistir en los nuevos países de residencia. Si se exceptúa el grupo de los políticos, el resto de los profesionales liberales tuvieron que revalidar sus carreras o adoptar nuevas formas de vida. La realidad social del exilio identificó en muchos casos a estos grupos con los primeros. Un sector importante, no tanto por el número sino por la calidad, que asumió la ideología nacionalista estaba formado por sacerdotes y religiosos de formación clerical y humanística. Exceptuando a estos últimos, muy pocos exiliados de ideología nacionalista pertenecían al mundo propio de la cultura¹³.

¹¹ Entre toda la posible bibliografía, véase el estudio de Xabier Apaolaza “De la esperanza de una cultura nacional al exilio (1895-1960) en (Edición J. A. Ascunce y M. L. San Miguel) *La cultura del exilio vasco I. Pensamiento y creación literaria*, San Sebastián. J. A. Ascunce Editor, 1994, pp. 9-134.

¹² La fraternal aceptación que dispensaron algunos gobiernos latinoamericanos hacia los grupos humanos de exiliados vascos no se debió a sintonía o admiración por la historia o las virtudes del hombre vasco. Esta tesis defendida con mucha frecuencia no tiene ninguna base de objetividad. Lo que admiraban del hombre vasco era su capacidad y cualificación laboral, especialmente en tareas agrícolas y ganaderas.

¹³ La gran mayoría de personalidades del ámbito cultural nacionalista, numéricamente escasos, forma parte de las esferas de la política. Entre éstos están José Antonio de Aguirre, Jesús Galíndez, Andrés Irujo, Jesús M^a de Leizaola, Pedro de Basaldua, Alberto Onaindia, etc. Los posibles representantes de la cultura y de la ciencia son excepcionales. Entre estos últimos cabe destacar la figura de Justo Gárate. Martín de Ugalde, uno de los pocos periodistas de carrera, cursó sus estudios en Venezuela y Norteamérica. Etc.

Esta realidad es tan sorprendente como atípica. Los exilios de otras nacionalidades o territorios históricos del estado español no ofrecen un panorama semejante. La explicación de dicho fenómeno puede residir en un hecho de incuestionable importancia cultural: la universidad. La primera universidad moderna del país, la Universidad de Deusto, creada a finales del S. XIX, estaba orientada a la formación técnica de sus estudiantes, siendo los estudios humanísticos un complemento de los primeros. La primera universidad de carácter público y oficial, la Facultad de Medicina, tuvo una historia tan exigua en circunstancias tan especiales que su influencia en el campo de la cultura fue mínima. La universidad vasca, como la cultura nacionalista, fue una prometedora empresa que se quedó reducida a un simple proyecto.

Si se acepta como principio básico que la universidad es el centro generador de cultura, se puede llegar a la conclusión de que la inexistencia de una tradición universitaria en el País Vasco pudo ser la causa real de la ausencia de frutos culturales de signo nacionalista. Los pocos intelectuales que ofrece la cultura nacionalista del exilio son aquéllos que se educaron en las universidades del territorio español¹⁴, bien representantes del mundo clerical que recibieron una óptima educación humanística en seminarios, conventos, etc., o los que a través de un esfuerzo titánico fueron asimilando los saberes humanísticos, respondiendo a una inquietud personal, en la mayoría de los casos como intento de comprensión y explicación del fenómeno cultural vasco. Para no abrumar con casos y nombres, valgan unos simples ejemplos como demostración de los tres planos planteados. Jesús de Galíndez o Manuel Irujo formarían parte del primer grupo; Alberto Onaindia o Ramón Ertze Garamendi estarían entre los segundos; José María de Leizaola o Bernardo Estornés Lasa¹⁵ son figuras señaladas que compondrían el espacio del último grupo.

Considerando todas estas circunstancias: la irrealidad de la mayoría de edad de una cultura nacionalista, la generalización de un exilio preferentemente económico y laboral y muy parcialmente cultural, la ausencia de una tradición universitaria, etc., se llega a unas conclusiones bastante definitivas a la hora de interpretar y valorar el hecho cultural del exilio vasco. En términos generales, se puede decir que la cultura del exilio nacionalista fue fundamentalmente testimonial y utópica. En la lejanía de los nuevos lugares de asentamiento y al margen de instituciones oficiales, sin preparación intelectual en muchos casos y sin medios culturales en la mayoría, realizaron una ímproba labor cultural de signo vasquista con el fin de apuntalar unos valores de conciencia y de expresión que veían peligrar en la tierra de origen.

¹⁴ Hubo sectores de ideología nacionalista en las principales universidades españolas. Casos paradigmáticos son las universidades de Barcelona o de Madrid. En medio de esos grupos, ciertos estudiantes se iban educando en la cultura nacionalista. Ejemplos claros de esta situación son los casos de Justo Garate o de Jesús Galíndez. Está por hacer el estudio de la importancia de los núcleos nacionalistas en las universidades españolas.

¹⁵ La última obra de Bernardo Estornés Lasa, *Memorias. Recuerdos y andanzas de casi un siglo*, (San Sebastián, Editorial Auñamendi, 1996), es un fiel ejemplo del esfuerzo sostenido de este intelectual navarro para asumir los conocimientos propios de un saber humanístico.

Otra de las cuestiones a tener muy presente para entender el carácter voluntarioso y utópico de la cultura nacionalista en el exilio es ver y entender las condiciones en que se fraguó este trabajo. Como se ha dicho con anterioridad, el problema principal de los exiliados vascos era el de la propia dignidad vital. Para ello, tuvieron que asumir los trabajos que estaban a su alcance. Estos trabajos ocupaban la mayor parte de su tiempo. ¿Cuándo se dedicaban a la cultura? En los ratos libres y en los días festivos. Para ellos, lo esencial era la existencia de sus familias, después, sacando tiempo de donde podían, se entregaban a sus labores culturales: traducción, creación literaria, enseñanza, etc. Vicente Amezaga realizó una importante labor traductora en los ratos libres que le dejaba un extenuante trabajo de búsqueda de pólizas de seguros.

Por otro lado, las anécdotas de la penuria de recursos sólo superada con tesón y con dedicación pueden ser muchos, pero valgan unos pocos para tener una visión clara de las condiciones de este trabajo. Txomin Jakakortajarena tradujo al euskera la obra de *Martín Fierro* del argentino José Hernández en la lejanía de Las Pampas con la única ayuda de un pequeño diccionario de unas trescientas páginas. Cuando iba a Buenos Aires cotejaba con sus amigos sus conquistas y discutía sus abundantes dudas. Una traducción realizada de forma tan poco académica ha suscitado innumerables interrogantes que aún no han sido resueltas por los más importantes expertos de la obra del escritor argentino¹⁶. En esta misma línea se puede ofrecer el ingente trabajo realizado por otros eméritos representantes del exilio nacionalista vasco como Bonifacio de Ataun, Iñaki Azpiazu, Gabino Garriga, etc.

Igualmente se puede señalar como empresa sorprendente la aventura de la editorial Ekin. Lo que en un principio fue una tentativa o proyecto utópico se convirtió con el tiempo en la realidad cultural más importante del exilio vasco. Esta labor sería inexplicable sin el trabajo y entrega de Isaac López Mendizabal y de Andrés Irujo. Ekin actualmente presenta un volumen editorial de más de ciento cincuenta títulos dedicados la gran mayoría a señalar diversos aspectos de la realidad cultural e histórica del País Vasco. La editorial Ekin puede ser considerada como la empresa cultural más importante del exilio vasco.

Cuando el lehendakari Aguirre escribe su obra *De Gernika a Nueva York, pasando por Berlín* (Buenos Aires, Edit. Ekin, 1943), título emblemático del exilio cultural vasco, no lo hace por una necesidad de expresar testimonialmente sus sentimientos y experiencias en un momento tan crítico de su vida como fue su marcha a tierras americanas. Aguirre no pretendía hacer literatura, cuando escribió su obra. Redacta dicho título presionado por Andrés Irujo, quien buscaba con esta obra dinamizar la vida y la difusión de la editorial Ekin entre la comunidad vasca de la diáspora con un título escrito por el presidente del Gobierno Vasco en el exilio. Una vez asumido el encargo, José Antonio de Aguirre se desnuda emocional e ideológicamente, convirtiendo la obra en una especie de testamento espiritual. La gran mayoría de las memorias escritas en el exilio por autores vascos de la diáspora no son producto de una

¹⁶ Estos datos se obtuvieron en la entrevista mantenida con el sacerdote vasco Txomin Jakakortaxarena en octubre de 1993.

vocación literaria, sino de una necesidad de testimonio a través de unas experiencias personalmente vividas¹⁷.

¿Qué pretendían estos exiliados con trabajos aparentemente tan superiores a sus propias posibilidades humanas y económicas? Buscaban afirmar la conciencia nacional e histórica a través de una labor, nunca suficientemente ponderada y con frecuencia injustamente criticada, que pretendía ser estímulo de afirmación nacional, pero en contadas ocasiones propuestas de tipo científico-universal. Son, por eso, intelectuales de vocación y de espíritu pero no de profesión. No son profesionales de la cultura. Según estos supuestos, es fácil imaginar la poca altura científica de sus aportaciones. Éstas presentan una finalidad fundamentalmente testimonial. Éstos eran conscientes de asumir una tarea de sentido transitorio y ocasional. Su postura era mantener viva la llama de su cultura, la cultura vasca, con el pensamiento puesto en un futuro próximo, cuando esta labor, en ese momento protagonizada por ellos, fuera asumida por auténticos profesionales de la cultura. Esta era la tesis de trabajo que defendió Andrés de Irujo en una entrevista realizada en 1992¹⁸. Nos hallamos ante una cultura de supervivencia, testimonial y operativa, vocacional y utópica¹⁹.

Esta labor se realizó preferentemente en los diferentes países de la América hispana. El exilio nacionalista a América se verificó preferentemente en dos etapas. Un primer movimiento de exilio se verificó después de la caída de Bilbao y un segundo después de la toma de Francia por los ejércitos alemanes. La acogida en los diversos países latinoamericanos fue bastante fraternal. Importantes hombres de los negocios y de la política, descendientes ellos de vascos emigrados, favorecieron considerablemente la entrada de los nuevos contingentes humanos. Argentina, Uruguay y Chile fueron centros de acogida y residencia para muchos exiliados vascos. Venezuela, otro de los países de gran densidad de exiliados nacionalistas, fue un país completamente desconocido, pero que jugó un papel importante en esta acogida colectiva de la diáspora vasca. México, aunque contó con los avales personales del mecenas Belautegigoitia, no fue un país importante en el proceso de enraizamiento del exilio nacionalista y sí del exilio republicano. Otros países jugaron también papeles importantes en este proceso de acogida y adaptación. Unos más y otros menos, América latina fue el lugar de destino de la colectividad vasca.

¹⁷ Como prueba real de lo afirmado se pueden citar las memorias de Alberto Onaindía: *Capítulos de mi vida* (Buenos Aires, Editorial Ekin, 1973 y 1974); Andrés de Irujo escribe *Un vasco en el ministerio de justicia. Memorias* (Buenos Aires, Editorial Ekin, 1976, 1978 y 1979); Agapito de Urarte publica sus experiencias personales en *Veintisiete meses condenado a muerte* (Santiago de Chile, Editorial Real Condor, 1964); Francisco de Gorritxo redacta *Yo no busqué el exilio* (Inédito); José Estornés Lasa publica en la Editorial Auñamendi de San Sebastián (1979) *Un gudari navarro en los frentes de Euskadi, Asturias y Cataluña; etc.* En esta misma línea se encuentran las obras autobiográficas de Segundo Izpizua, De Antonio de Ertze Garamendi, de Iñaki de Azpiaz, etc.

¹⁸ Durante varias sesiones, y a lo largo de más de diez horas, se recogieron las opiniones de Andrés Irujo sobre la realidad cultural de la diáspora vasca, especialmente en Argentina. Las entrevistas tuvieron lugar desde el 6 de enero de 1992 hasta el 21 del mismo mes.

¹⁹ Otra característica que prueba la no profesionalidad de los representantes de la cultura vasca es su circunstancialidad. Excepto una gran minoría, el resto tenía que dedicarse a trabajos diversos, al margen de esferas estrictamente culturales, para conseguir unas formas de vida humanamente dignas. En los ratos libres o épocas vacacionales dedicaban el tiempo disponible para realizar sus tareas culturales. Éste es el caso, por poner un ejemplo, de Vicente de Amazaga, quien en momentos de asueto realizó una increíble labor traductora.

La labor testimonial y utópica de la cultura del exilio nacionalista en América fue realizada preferentemente en torno a los centros vascos o Euskaletxeak. Éstos se conformaron en ejes nucleares de vida y cultura. Allí a través de las celebraciones tanto litúrgicas como folklóricas revivían la vida y las costumbres de su país de origen. Allí también programaban las actividades culturales que fomentaban la vida social y humana de dichos centros. Las editoriales de signo vasco como Ekin de Buenos Aires, Gudari de Caracas o Editorial Vasca de México D.F. certifican este aserto. Algo parecido sucede con la gran cantidad de gramáticas vascas que se escribieron en aquella época para facilitar la enseñanza del idioma entre los miembros de las colonias o casas vascas. Los trabajos de Faustino Arocena, Vicente de Amezaga, Isaac López de Mendizabal, Andima Ibinagabeitia, Bonifacio de Ataun, José Estornés Lasa, etc., refuerzan esta tesis.

En pocos casos encontramos aventuras sueltas y personales. La más digna de mención es *Eusko Gogoa*, única revista periódica de la diáspora escrita íntegramente en euskera, donde de la mano de Zaitegi se reúne la flor y nata de las letras euskéricas del exilio: Orixe y Andima.

Sin embargo, esta cultura de sentido testimonial, utópica, vocacional y circunstancial crea un organismo tan vivo y dinámico que es casi imposible hablar del renacimiento cultural vasco de los sesenta sin una mención importante a esta cultura del exilio. No está todavía suficientemente estudiado el efecto e influencia de la diáspora vasca en el resurgimiento de la cultura vasca de los sesenta. La deuda tiene que ser muy importante, como se demostrará cuando se realice dicho análisis. Desde este punto de vista, se puede afirmar que una cultura de pura supervivencia, utópica y circunstancial, jugó un papel fundamental por su efecto bumerán, en el renacimiento de la actual cultura vasca.

1.2. Cultura del exilio republicano

Una gran mayoría de intelectuales vascos, educados cultural e ideológicamente en las universidades del estado español, presentaban una clara identidad con la filosofía republicana. Esta afinidad política no significaba un compromiso personal con el ideario republicano sino una sintonía con los principios del liberalismo democrático. El denominador común de estos intelectuales era su liberalismo y su espíritu democrático. Con el estallido de la Guerra Civil, se alinean en el bando republicano, porque éste representaba sus ideales políticos y humanísticos en contra de los principios del fascismo. Figuras como Juan Larrea, García Bacca, Juan de la Encina, Eduardo Ugarte o Eugenio Imaz, entre otros muchos posibles, representan fielmente esta postura²⁰.

²⁰ Véanse al respecto los capítulos octavo y noveno de mi libro *Topías y utopías de Eugenio Imaz. Historia de un exilio* (Cfr. Barcelona, Editorial Anthropos, 1991). Los títulos de ambos capítulos son “En la Babilonia cultural de la España de preguerra” (pp. 87-102) y “La Guerra Civil. La toma de contacto con la realidad política” (pp. 103-110). Lo que se afirma sobre la figura y pensamiento del ensayista donostiarra puede aplicarse perfectamente a la gran mayoría de exiliados republicanos vascos.

Por otro lado, a diferencia del exilio nacionalista, la cultura en sus diversas modalidades era su forma de vida y su sistema de trabajo. Eran profesionales de la cultura: profesores universitarios, escritores, periodistas, traductores, etc. Tras la guerra civil y la diáspora, los exiliados vascos de ideología republicana conectaron desde un principio con los centros del saber y del conocimiento, realizando una labor de continuismo al proseguir en los países de adopción el trabajo que realizaban en España antes del inicio de la contienda²¹. Juan de la Encina continúa en México la actividad de profesor, conferenciante y crítico de arte; Eduardo Ugarte se dedica en México a sus labores de siempre: el teatro y el cine; Esteban Aranguren encuentra en el periodismo y en la creación literaria su forma de vida, la misma que tenía en España y en México antes de la Guerra Civil; Eugenio Imaz, en el supuesto de que no hubiera habido enfrentamiento civil, hubiera realizado la portentosa labor de traducir la obra completa de Dilthey en España porque el proyecto lo tenía ya asumido con anterioridad a la guerra; algo parecido se puede decir del monumental trabajo de García Bacca con la traducción de las obras completas de Platón; etc. Todos estos casos, simples ejemplos de una nómina muy superior, nos demuestran esta línea de continuismo en la actividad de los intelectuales de ideología republicana.

Por otro lado, en la gran mayoría de los casos, estos exiliados realizan sus labores en los centros más cualificados con los materiales técnicos más modernos y con las condiciones humanas más idóneas. Juan de la Encina ejerce la labor de profesor de Historia del Arte en diversas universidades de México; García Bacca inicia una larga y prolífica carrera universitaria en las universidades de México, Venezuela, Ecuador, etc.; Juan Larrea ejerce su magisterio profesoral en la universidad argentina de Córdoba; Eugenio Imaz se mueve en las universidades de México y Caracas; Emiliana Zubeldia se entregó plenamente a la enseñanza en la universidad de Sonora; etc. Profesores, escritores, traductores, periodistas, etc., encontraron en los diferentes centros de cultura de los distintos países latinoamericanos su lugar de trabajo y su medio de vida.

Las realizaciones concretas de estos grupos de exiliados representan aportaciones altamente positivas dentro del mundo del saber y muy especialmente en las áreas del conocimiento hispánico y en los de la cultura de aquellos lugares de asilo en los diferentes países latinoamericanos. Su gran preparación intelectual, su gran capacidad de trabajo, los medios de estudio e investigación que pudieron contar, el ambiente intelectual en que se movieron, etc., posibilitaron su obra y su renombre. ¿Cómo olvidar los nombres de Eugenio Imaz, García Bacca, Ernestina de Champourcin, Amado Alonso, etc., en el campo de la traducción? Sus traducciones siguen vigentes después de haber transcurrido más de cincuenta años. La universidad americana, desde Buenos Aires y Santiago de Chile hasta Nueva York, se enriquece con profesores vascos. Amado Alonso, García Bacca, Carlos Blanco Aguinaga, Federico Álvarez, Cecilia G. Guilarte, Pedro Armillas, Cástor Narvarte, etc., son buena prueba de esta presencia y de este magisterio²². Miles y miles de artículos en diarios y revistas llevan

²¹ Un buen ejemplo de lo afirmado lo podemos encontrar en la labor universitaria llevada a cabo por profesores vascos del exilio. El lector interesado puede consultar el artículo de Gorka Aulestia "Euskaldunak Ameriketako Unibertsitateetan lehengo zatia" en *Sesenta años después. Euskal erbestearen Kultura*, San Sebastián, Editorial Saturrarán, 2000, pp. 255-280. Es un trabajo altamente importante para los estudios de la cultura del exilio vasco, pero como en la mayoría de las propuestas de este tipo no puede ser considerado como concluyente ni totalitario.

²² Gorka Aulestia ha preparado un importante trabajo sobre la labor de los exiliados vascos en las universidades americanas. Los resultados son sorprendentes por el número y la calidad de los nombres

las firmas de exiliados vascos; etc. Desde Progreso Vergara hasta Enrique Loubet, se puede presentar una nómina importante de escritores y periodistas²³. La presencia vasca en los medios culturales e intelectuales de América es importante por su número y su calidad.

Aspecto común con la diáspora nacionalista es el lugar de asentamiento. Los exiliados republicanos optaron preferentemente por los países de lengua española de América latina. México les abrió los brazos de par en par. Gran parte del exilio vasco echará raíces en el país azteca y otros protagonizarán un movimiento de desplazamiento que va poco a poco abarcando toda la amplitud del continente americano. Entre los residentes en México se encuentran Juan de la Encina, Eduardo Ugarte, Ernestina de Champourcin, Enrique Loubet, Cecilia G. de Guilarte, etc. Juan Larrea pasa de México a Argentina; García Bacca, después de una larga experiencia mexicana, marcha a Caracas y más tarde a Ecuador; Eugenio Imaz marcha a Caracas para volver a México; algo similar se verifica en la historia personal de Federico Álvarez, quien pasa diferentes años en la universidad cubana para reintegrarse definitivamente en México; etc. En estos países encontraron todas las facilidades para poder desarrollar su actividad intelectual sin grandes problemas de asimilación personal y cultural.

La gran revolución cultural y científica de la América Hispana es, en parte, fruto y consecuencia de este exilio. Y como en el exilio republicano estuvo muy presente el exilio vasco, hay que afirmar que parte, la que le pueda corresponder, de estas conquistas es obra del exilio vasco. Pero su influencia no sólo se reduce al mundo americano. Su presencia es incuestionable para explicar la aparición de una cultura disidente, o por lo menos alternativa, en el contexto monolítico de la España franquista. A través de las grandes casas editoriales americanas, como Fondo de Cultura Económica, Editorial Losada, etc., las voces del exilio empezaron a llegar y con ellas entraron unos referentes nuevos y sumamente críticos. Como en el caso de la cultura nacionalista, el efecto bumerán de la cultura republicana jugó un papel fundamental en la reconstrucción de una nueva cultura. La cultura española a partir de la década de los cincuenta como las respectivas culturas de los diferentes países de asilo son muy difíciles de explicar y de entender sin contar con la presencia y con el trabajo del exilio republicano español y vasco.

manejados. Es verdad que el trabajo presenta una orientación global, donde están presentes tanto los nacionalistas como los republicanos.

²³ Actualmente prepara Elías Amezaga un largo trabajo sobre el periodismo del exilio vasco para las actas de "Sesenta años después. La cultura del exilio vasco".

1.3. Puntualizaciones sobre una temática general

Se ha hablado de dos formas de hacer cultura que se pueden sintetizar bajo los términos de cultura vocacional y cultura profesional. Ahora bien, este hecho que es dominante no es exclusivo. Encontramos numerosas excepciones que confirman o niegan la tesis ofrecida. Como planteamientos excepcionales a las tipologías mostradas, cabe mencionar la existencia de escritores vocacionales en el exilio republicano e intelectuales profesionales en el ámbito del exilio nacionalista. Martín de Ugalde vivió de su labor periodística, escribiendo y publicando en euskera y en castellano según la lengua de los destinatarios potenciales de sus escritos. Jesús de Galíndez simultaneó sus clases universitarias con sus labores políticas. Igualmente escribió libros de ficción y ensayos de crítica política. Ertze Garamendi ejerció el magisterio sacerdotal, el periodismo y la enseñanza universitaria, siendo una de las figuras más destacadas del ámbito cultural del exilio mexicano. Tenemos igualmente figuras importantes muy difíciles de encasillar. ¿Dónde se ubica la figura de Juan Bautista Avallé Arce, personalidad imprescindible de los estudios hispánicos y actualmente responsable de la cátedra Miguel de Barandiarán en la universidad californiana?, etc. Los escritores de ideología republicana que escriben una o dos obras, preferentemente testimoniales, son abundantes: Marino Ayerra, María Luisa Elío, Luis Elío, Fernando Careaga, etc., son buenas muestras de lo dicho.

Sin embargo, a pesar de excepciones y particularismos, se pueden seguir manteniendo las diferencias de base que se han ido ofreciendo hasta ahora. Ahora bien, aunque se hable de dos culturas vascas del exilio con sus características propias, a la hora de interpretar el fenómeno cultural del exilio vasco se pretende reducir la dicotomía de planteamiento en una única oferta explicativa, porque aunque las aristas, los ángulos, los lados, etc., sean distintos y diferentes, la realidad del poliedro cultural que forma el exilio vasco es único e indivisible. Todos ellos, tanto nacionalistas como republicanos, vivieron en toda su dramática crueldad la realidad de la Guerra Civil y el consiguiente exilio. En los nuevos lugares de residencia, unos y otros tuvieron que solucionar el problema de la existencia y vivir con sus demonios personales de destrucción, caos y muerte. Incluso, cuando exteriorizan sus sentimientos y obsesiones subjetivas, tanto los primeros como los segundos inciden, desde planteamientos personales, sobre unos mismos expresados de patria, lengua, historia, tradición, etc. Es verdad que cada uno de ellos expondrá su personal visión de los temas y se ajustará a los principios ideológicos, pero todos compartirán los fundamentos básicos de unos mismos temas y de unas mismas experiencias.

El aspecto diferenciador que puede marcar distancias entre unos y otros es la lengua utilizada. Pero este principio de distinción rompe con la razón de las ideologías como fuerzas de ruptura e impone la realidad social del bilingüismo. El euskera es usado por los nacionalistas. Orixe, Andima, Zaitegi, Mitxelena, Monzón, Irazusta, etc., confirman esta realidad. Sólo conozco el caso de Toribio Echevarria, que, de ideología republicano-socialista, tenga una obra importante en euskera. El castellano será empleado de manera indistinta tanto por nacionalistas como por republicanos. José Antonio de Aguirre, Jesús de Galíndez, Manuel y Andrés Irujo, Alberto Onaindia, Vicente Amezaga, Pedro de Basaldua, Cástor Narvarte, etc., se expresan en castellano lo mismo que Juan Larrea, Cecilia G. de Guilarte, Pedro Armillas, Progreso Vergara,

Juan Larrea, Amado Alonso, Eugenio Imaz, García Bacca, etc. La lengua rompe con las diferencias ideológicas para reforzar la unidad cultural del exilio vasco.

Bajo este punto de vista, se rompe la tradicional dicotomía que se ofrecía entre las culturas nacionalista y republicana para imponer una diferencia de carácter marcadamente lingüístico. Cabe afirmar que la lengua empleada, español o euskera, define las posibles diferencias. Salvo alguna contada excepción, el euskera es empleado por los nacionalistas y el castellano tanto por republicanos como por nacionalistas.

El que se expresaba en castellano tenía un receptor potencial inmenso. Por eso, independientemente de los temas tratados, era posible crear un diálogo creativo o crítico con unos destinatarios que compartían un mismo instrumento lingüístico. Ciertos escritores de ideología nacionalista escriben en castellano por la simple razón de su desconocimiento del euskera. Otros, sin embargo, lo hacen como forma de contacto y de comunicación con miembros de la diáspora vasca, cuyo medio lingüístico habitual era el castellano o como medida de atracción de emigrantes vascos identificados plenamente con la cultura de los países de residencia. Los escritores vascos de ideología republicana usaron el castellano como medio propio de expresión y de comunicación. De esta manera, respondiendo a razones diferentes, el castellano fue el medio lingüístico empleado tanto por nacionalistas como por republicanos. Con el castellano se podía crear un diálogo perfecto entre los emisores y receptores, verificando la viabilidad del mensaje lingüístico. La comunicación era válida por ser operativa.

Sin embargo, los escritores euskaldunes que optaron por la lengua vasca como medio de expresión se sintieron completamente aislados con una creación compartida por un número muy reducido de lectores, incluso en algunos casos por "lectores inexistentes" o potencialmente futuribles. Estos últimos entran en la paradoja de hacer una obra literaria sin destinatarios. Los lectores reales se hallaban en la tierra de origen, muy distantes del lugar de residencia de estos escritores. Por eso, sufren una especie de dramática ruptura entre el trabajo creativo y su posible eficacia comunicativa. Toda la labor la orientan hacia un futuro con una practicidad un tanto problemática. En el tiempo y en los lugares de su labor no podían prever los resultados de sus esfuerzos. Desde esta perspectiva, los afanes de estas personas eran como una especie de órdago de resultados dudosos. Se puede decir que la verdadera utopía creativa la asumieron estos escritores en euskera que en los países de asilo realizaron un ímprobo trabajo sin otra meta o fin que la del propio idioma. A él se entregan, realizando una consciente labor de revitalización de la lengua vasca. La lengua se convierte en fin y en sentido de la propia expresión. A pesar de todo, estos escritores tuvieron que experimentar un fuerte trauma personal al verificar la paradoja de sus trabajos. Escribían prácticamente para nadie en nombre de la propia lengua sin saber en ningún caso sus posibles resultados. Era una especie de camino a ninguna parte con el punto de mira en el medio lingüístico: el euskera. Este trabajo tan ingrato y tan duro se convertía en una forma de monólogo en torno al propio idioma.

Sin pretensiones de sacralizar el exilio y dentro del relativismo que hay que asumir frente a afirmaciones de tipo general, se puede ofrecer como aspecto común entre ambas culturas el espíritu liberal y democrático de sus protagonistas. Ya se trate de la diáspora nacionalista o del exilio republicano, llama la atención el talante humanista de sus representantes. En los espacios del humanismo liberal se dan la mano Juan Larrea y José Antonio de Aguirre, Eugenio Imaz y Ramón Ertze Garamendi; Juan de la Encina y Andrés Irujo, Eduardo Ugarte y Alberto Onaindia, etc. La lista podría ampliarse a la casi totalidad de figuras del exilio vasco, ya representasen la cultura nacionalista o la republicana. Su obra y sus escritos así lo testimonian. Otro aspecto común a ambas culturas de la diáspora vasca es su compromiso ético con el hombre y con la sociedad. Los intelectuales del exilio veían en la política y en la cultura un medio idóneo de servicio y nunca una forma de medro personal o partidista. El espíritu responsable y servidor de estos hombres explica perfectamente los trabajos que fueron capaces de asumir y de realizar sin otra recompensa que la satisfacción de un trabajo bien hecho y el sentido de una obligación realizada. Responsabilidad y ética en el humanismo, en el liberalismo y en la democracia son las notas más significativas de los hombres del exilio vasco²⁴.

Desde esta perspectiva de enfoque, se puede ofrecer el verdadero panorama de la cultura vasca en el exilio. En un primer momento hay que diferenciar las culturas republicana y nacionalista por su temática y por las condiciones de trabajo, tal como se proponía en páginas anteriores. En segundo lugar, dentro de la parcela de la cultura nacionalista, hay que remarcar la oposición lingüística: español y euskera, aunque las temáticas respectivas puedan coincidir en sus planteamientos y en sus fines. De esta manera, si en un primer plano las orientaciones temáticas marcan las diferencias entre la pluralidad cultural del exilio vasco; en un segundo plano, va a ser la lengua el punto de oposición. El idioma y los planteamientos temáticos marcan los espacios diferenciales de las apuestas culturales de la diáspora vasca. Sin embargo, frente a lo distintivo y a lo diferenciador, emergen principios de unidad y de cohesión como el humanismo liberal, que abría un amplio espacio de entendimiento y de diálogo entre los hombres de la diáspora vasca.

2. TEMÁTICAS DE LA CULTURA DEL EXILIO VASCO

Desde la perspectiva de este trabajo, como segundo apartado de análisis, pretendemos pasar de las características generales del exilio vasco a las líneas temáticas que crean la literatura y el pensamiento de sus más importantes representantes. Según este criterio, es posible reducir la pluralidad de ideas y propuestas en tres coordenadas de sentido: el recuerdo de la guerra con la recreación del exilio, el encuentro de una nueva patria como exponente de una nueva vida y finalmente, la nostalgia del reencuentro con la tierra perdida. La propuesta de estas tres coordenadas responde a tres motivaciones de fondo: la recordación, la responsabilidad y la nostalgia. Desde este punto de vista, es posible vislumbrar un primer acercamiento valorativo a lo que fue y significó el exilio para tantos compatriotas que tuvieron que abandonar su tierra de

²⁴ Son aspectos comunes con los exilios de otras nacionalidades o regiones históricas de la península. Desde los principios del humanismo liberal y democrático, el País Vasco y España vivieron unos momentos históricos irrepetibles en la historia.

origen para aceptar una nueva tierra de residencia. La corriente más común y más representativa de la diáspora vasca discurre entre los cauces de la resignación por el exilio y de la gratitud por el asilo.

El significado que se otorga en este trabajo al término exilio va más allá de lo que el vocablo en sí representa. No sólo quiere testimoniar el camino de ruptura con el país de origen por razones de tipo político, sino también la respuesta a esta ruptura que se concreta con la adopción y vida en una nueva tierra de residencia. Se narran, por tanto, los acontecimientos y avatares del período de guerra con sus consiguientes secuelas, pero también, y esto en bastantes casos, las vivencias y problemáticas de carácter social o etnográfico experimentadas en los nuevos países de asilo. Se entiende por exilio todo el cúmulo de causas, realidades y consecuencias derivadas de la guerra civil y sufridas en y-o por la comunidad vasca o por una parte de ella.

Aunque los textos de los autores seleccionados sufrieron en su gran mayoría el destierro como consecuencia de la guerra civil, también se incluyen ejemplos de autores vascos, cuya marcha del solar patrio se explica más y mejor por razones económicas que por motivaciones de tipo político. Desde este punto de vista, más que de exiliados habría que hablar de emigrantes. Sin embargo, incluso en estos últimos casos, el contacto con los exiliados vascos hizo que su problemática inicial de sentido económico adquiriera una dimensión política. Asumieron y compartieron sin límites los ideales y las responsabilidades de esos hermanos que tuvieron que responder con el destierro personal o colectivo a la dinámica histórica de desposesión y muerte. Incluso en ocasiones comprometieron su suerte y su fortuna por ayudar a sus compatriotas en medio de su suerte adversa. Este cambio de orientación personal explica y justifica la transformación espiritual de esos hombres que hacen que su condición de emigrantes se transforme por identidad espiritual con sus hermanos de diáspora en compromiso de exiliado. Éste es el caso, entre otros posibles, del vizcaíno Ramón Belausteguigoitia con su libro *Euskadi en llamas*.

En algún otro caso, aunque no se verifique un proceso de comunión con el espíritu del exilio tan completo como el del ejemplo reseñado, e incluso se siga manteniendo la aureola de emigrado y se adopte como razón de nueva identidad un compromiso personal con la nueva tierra de adopción, nunca llegan a desentenderse del todo de la realidad del exilio, ya que la viven, lo quieran o no, a través del seguimiento puntual de las noticias o bien a través de los relatos de compañeros y amigos, testigos personales del horror de la guerra civil y del desgarramiento de la expatriación. En estos casos, aunque el tema de la guerra en Euzkadi y su consiguiente exilio no es tema principal de sus escritos, sin embargo en ellos, de una manera más o menos clara, dicha realidad está presente. Juan Goyanarte, autor entre otros títulos de *Lago Argentino*, podría ser un buen ejemplo del vasco emigrante que adopta como propia la tierra de residencia pero que por sangre y por raíces comulga con la suerte de su país y con la desventura de sus compatriotas.

Desde el punto de vista de los planteamientos reseñados, se comprueba cómo el binomio guerra civil y exilio funciona como aglutinante de sentido de todo el entramado temático. Desde estos criterios, se puede entender la composición ternaria que ofrece el presente estudio, respondiendo, como ya se ha indicado, a la orientación temática que se quiere presentar. Una primera parte se centra en el recuerdo de la guerra junto a la experiencia del exilio. Este primer capítulo lo hemos identificado con el plano de la recordación. Una segunda parte, identificada con la responsabilidad, narra el encuentro y la adaptación con la nueva tierra de adopción. En este segundo capítulo se cuenta el proceso de asimilación y asentamiento del exiliado en los nuevos países de residencia en medio del trabajo, la admiración o sorpresa por las nuevas gentes y el amor por la nueva tierra. Por último, una tercera parte se basa en la nostalgia por el reencuentro, ya sea éste físico o evocativo, con el país de origen.

Según esta composición ternaria se puede hablar del plano de la recordación, primer capítulo, del plano de la responsabilidad, segundo capítulo, y finalmente del plano de la nostalgia, tercer y último capítulo.

2.1. Plano de la recordación

Una gran mayoría de escritores vascos del exilio mostraron desde el principio de la guerra, pero incluso más durante el tiempo de la diáspora, una profunda preocupación por la realidad acaecida en el País Vasco y por el dramático destino de los vascos durante aquellos aciagos años de guerra civil. Consciente o inconscientemente, todos los escritores del exilio cuestionaron las posibles razones y la realidad de unos acontecimientos dramáticos que fueron al mismo tiempo repudiados y sufridos por todos.

El testimonio de estos escritores recoge preferentemente los antecedentes de la contienda con una idea precisa de explicar las causas y las razones sociales y políticas que llevaron a unos hombres por sí pacíficos y laboriosos a tomar las armas en medio de una vorágine de destrucción y de muerte. Su intención era ofrecer de forma lo más objetiva y directa posible los porqués de la guerra. Junto a los antecedentes de la guerra, la totalidad de ellos asumieron igualmente la contienda civil en todo su desnudo dramatismo como tema de sus escritos con la firme voluntad de testimoniar el cómo de esos momentos de hostilidad y lucha. Finalmente, se ocuparon también de documentar con la mayor fidelidad posible las consecuencias de la derrota y el consecuente exilio. De esta forma, testimoniaban en sus escritos los resultados finales, los para qué de un tiempo trágicamente vivido y profundamente sentido.

El planteamiento descriptivo o explicativo de estos porqués, cómo y para qué se inscriben en el capítulo que ha recibido la denominación de "recuerdo de la guerra y recreación del exilio", ya que la guerra y el exilio funcionan como temas insistentes y como ejes moduladores de los testimonios de la recordación.

Para poder concretar estos recuerdos de guerra y exilio, la literatura vasca en la diáspora recurre como fundamento de demostración a las experiencias personales de los propios autores, ya que de una manera u otra fueron testigos directos de los hechos narrados. Sin embargo, para ellos, lo importante no era tanto la experiencia personal vivida como el testimonio ofrecido. Los personajes de estos escritos son simples pretextos para poder ofrecer la realidad de una sociedad en plena ebullición y en estado permanente de crispación. Por esto, aunque la unidad del relato venga dada por el personaje, el verdadero protagonismo recae sobre el contexto, la realidad histórica testimoniada. La explicación de esta inversión aparente de valores se debe a la voluntad de estos escritores por presentar de la manera más objetiva y real la compleja realidad de la guerra y este testimonio directo y veraz sólo lo encontraban en sus propias vivencias.

La irrupción del recuerdo o de la recreación a partir de estas vivencias íntimas hace que los géneros de las memorias, los diarios, las autobiografías, etc., adquieran una importancia clave, ya que dichos géneros se convierten en los vehículos de expresión más idóneos para concretar por la vía de la ficción o del testimonio los complejos entramados sociales y políticos que motivaron tanto la guerra civil como el exilio.

La visión que ofrecen estos testimonios se halla mediatizada por la índole y circunstancias de las propias vivencias. Cada escritor quiere ofrecer la verdad, pero sólo puede proponer su verdad. Incluso, en una gran mayoría de escritores, dominan de tal manera el partidismo y la pasión que sus testimonios se convierten en auténticos panegíricos o verdaderas detracciones dependiendo de los sujetos u objetos presentados. Se defiende un claro maniqueísmo de base que hace que los personajes y las situaciones pierdan en muchas ocasiones veracidad e incluso credibilidad. El partidismo ideológico de los autores, la proximidad vital con los hechos presentados y el apasionamiento de las experiencias ofrecidas hacen que los resultados sean en la mayoría de los casos de gran mediocridad y de efectos plúmbeos por la gran carga ideológica que encierran. Desde este punto de vista, se puede afirmar que existe una lamentable desproporción entre la intención y los resultados obtenidos.

Entre las firmas más sólidas que ofrece la biografía testimonial pueden citarse al eibarrés Toribio Echevarría, gran excepción dentro del conjunto general, quien con sus obras *Viaje por el país de los recuerdos*, *Recordando la guerra* y *Diario de viaje de un refugiado español* ofrece un cuadro completo desde los antecedentes lejanos de la guerra hasta su asentamiento en la capital venezolana, pasando por las dramáticas experiencias de la contienda civil. Con una perspectiva de enfoque muy similar a la de Toribio Echevarría se encuentra Luis de Aranguren, quien en sus *Memorias de un exiliado vasco* narra la preguerra, la guerra y el exilio. Con un estilo abigarrado y un tanto dieciochesco nos ofrece una prolija biografía llena de anécdotas y repleta de ideas. José Antonio Aguirre escribió por mandato de la Editorial Ekín su libro *De Guernica a Nueva York pasando por Berlín* con la finalidad de enardecer con las experiencias y vicisitudes de su propia vida los espíritus decaídos de los exiliados vascos. Como el mismo título indica, el autor cuenta los difíciles avatares que tuvo que padecer para escapar de las fuerzas fascistas españolas y alemanas y llegar a América, el continente de la libertad. En esta misma línea del ámbito autobiográfico con una clara finalidad testimonial e histórica se encuentran los dos tomos de memorias de Alberto Onaindia *Capítulos de mi vida I- hombre de paz en la guerra* y *Capítulos de mi vida II-*

experiencias del exilio. De igual modo, debe citarse la obra pseudo-biográfica o pseudodocumental de José Estornés Lasa *Un gudari navarro en los frentes de Euzkadi-Asturias-Cataluña*.

Otras autobiografías reducen el campo de referencia a contenidos más concretos, centrados en la guerra o en experiencias concretas de posguerra. Entre las memorias de guerra se pueden destacar obras con un claro sesgo confesional y de cierta calidad estilística. Agapito Urarte escribe *Los últimos días del Batallón Amayur* con el fin de testimoniar las razones que llevaron a la rendición del mejor y más aguerrido batallón de gudaris. Venancio Aristeguieta publica en 1965 sus *Aspectos de la guerra civil española en Euzkadi. (Justificación de una conducta)*. La finalidad de la obra era demostrar la dinámica interna de una guerra cruel llena de odios y partidismos, cuyo resultado final es la muerte de compañeros y amigos sin que la voluntad de los sujetos particulares pudiera detener ese engranaje de destrucción y ruina. Iñaki de Azpiazu publica en Caracas su obra *7 meses y 7 días en la España de Franco. El caso de los católicos vascos*, cuya primera parte narra desde una perspectiva patriótico-religiosa los avatares de la iglesia vasca durante la guerra y sus secuelas a partir del triunfo fascista. Tomando como base la experiencia de la cárcel y como testimonio de unas conductas ejemplares que ayudan a transformar un recinto carcelario en un ambiente de camaradería y en un centro de educación, Agapito de Urarte materializa sus vivencias en una obra de gran interés y profundo sentimiento: *Veintisiete meses condenado a muerte*. En esta misma línea se encuentra la patética obra de Luis Elío *Soledad de ausencia. Entre las sombras de la muerte* (España, 1936), donde narra las terribles consecuencias de una época de horror, silencio y muerte.

Muy próxima a la memoria autobiográfica se encuentra esa parcela de la ficción literaria que toma como pretexto las experiencias vitales del propio autor para proponer con una clara voluntad de estilo una realidad más o menos manipulada a partir del testimoniado original. Incluso, en algunos casos es difícil poder discernir entre la biografía o la ficción, ya que son el estilo y la selección de las anécdotas, más que la transformación de la realidad de partida, los principios que hacen que algunos escritos puedan ser considerados como puras ficciones literarias a pesar de presentar unos referentes inequívocos en el universo vivencias de la autoría. Tampoco se puede hablar de novela o ficciones autobiográficas debido a que el testimoniado se halla demasiado presente en los relatos. Es una especie de género híbrido-ecléctico que comulga lo mismo con la autobiografía o las memorias que con la crónica periodística o la ficción literaria. Desde un punto de vista literario-estilístico son escritos de una calidad más que considerable, aunque no llegan a la altura literaria que se podía esperar de sus autores. A su vez, entre sus páginas se transparenta un claro compromiso por parte de la autoría por superar los límites estéticos de la pura autobiografía. De esta manera, la voluntad de estilo aporta auténtica categoría literaria a estos relatos de fondo testimonial y de proyección biográfica.

En este género periodístico-literario destacan figuras como Cecilia G. de Guilarte, Jesús de Galindez y Mariano Estornés Lasa. En dichos casos se puede afirmar que son obras de madurez, donde las realidades narradas han asumido un distanciamiento suficiente para poder superar el referente autobiográfico a través de los medios transformadores del lirismo o del humor. Cecilia G. de Guilarte destaca con escritos como *Los años de las verdes manzanas* y *Un barco cargado de...* Ambos

relatos están escritos según el sistema de las entregas periodísticas y publicados en el "Diario Vasco" a su vuelta del exilio. *Los años de las verdes manzanas* narra las experiencias de una joven reportera en el Madrid de la inminente preguerra y *Un barco cargado de..* cuenta las aventuras y penalidades del exilio hasta la llegada a tierras americanas. A su vez, Jesús de Galindez publica en la editorial bonaerense Ekin sus *Estampas de la guerra*, donde el humor y una fina ironía convierten unos relatos de guerra en unas narraciones de fuerte atractivo y de gran garra expresiva. Mariano Estornes Lasa publica en la Editorial Auiamendi, en 1961, su obra *Gente vasca en América*, libro de sesgo autobiográfico, donde narra las vicisitudes de su exilio en América -Santo Domingo, Haití, Panamá, Chile, Venezuela y retorno a casa- dentro de un marco de fuerte lirismo y profunda evocación desrealizadora.

Un paso adelante en este capítulo de la recordación viene dado por los escritos literarios, en los que la guerra y el exilio son los referentes de la ficción novelada. En estos relatos se rompe con los fundamentos autobiográficos o testimoniales para dar paso a la fabulación o recreación de anécdotas y personajes. Desde una perspectiva estética, se encuentran situaciones dispares entre las obras de escaso o nulo valor literario y aquéllas que presentan ciertos méritos creativos. Abundan las novelas de guerra pero no hay una obra definitiva. En este apartado se verifica una vez más la desproporción entre el intento y la realización. A pesar de ser cita obligada en todos los estudios sobre el exilio español, la novela más destacada de lo que se ha afirmado en estas líneas es la de Cecilia G. de Guilarte *Nació en España*. Por este mismo camino deambulan novelas como *Euskadi en llamas* de Ramón de Belausteguigoitia o *Preludio sangriento* de Miguel Pelay Orozco, o bien *Morir en Irún* del donostiarra Mario de Salegi. Estas novelas entre otras pueden ser catalogadas como intentos fallidos debido al sentimentalismo de base, a la fuerte carga de ideología y a un entramado narrativo débil y excesivamente anecdótico. Con una validez literaria superior a las obras mencionadas se encuentran las novelas de José Olivares Larrondo, *París abandonada*, *Anton Sukalde* y *Los gudarís de Gartxot*, que, aunque meritorias en muchos sentidos, no llegan a cuajar la gran novela de la guerra. La gran excepción en este apartado lo conforma la poesía de la vitoriana Ernestina de Champourcin, quien demuestra las posibilidades literarias de los pretextos de guerra y exilio, cuando se consigue distanciar suficientemente la emoción vivida de la voluntad creadora. Títulos como *Primer exilio* y *La pared transparente* testimonian el buen hacer de una gran escritora. Dentro de este breve apartado de las excepciones, es obligado mencionar la obra de Mario de Salegi *Operación Carlomagno. Novela de la resistencia vasca, 1940*, en la que cierta amargura de fondo favorece una visión crítica de la realidad narrada. Nos hallamos ante la novela que asume los ideales tradicionales del país, su libertad, como categoría imposible y como posibilidad negada.

Por último, es lógico mencionar y resaltar aquellos libros donde domina la vertiente documental, el sesgo ensayístico o bien el aspecto dialéctico. En todos estos casos, conscientemente se ha huido de lo autobiográfico o de la pura ficción para dar mayor realce a lo histórico. En estos libros no hay voluntad creadora pero sí existe voluntad de testimonio documental y de propuesta valorativa. Entre las numerosas obras que pertenecen a este ámbito de lo histórico, pueden ser propuestas las de Andoni Astigarraga *Historia documental de la guerra de Euskadi*, la de Andrés M. de Irujo *Los vascos y la república española: contribución a la historia de la guerra civil* y finalmente la de Pedro de Basaldua *En defensa de la verdad.- los vascos en la guerra*

civil española, como exponentes puntuales de lo documental, lo ensayístico y lo dialéctico respectivamente. En este apartado, entre lo ensayístico y lo documental, caben ser presentadas las obras de Pedro de Basaldua *Con los alemanes en París*, la de Jesús de Galíndez *Los vascos en el Madrid sitiado* o bien la obra de Luis Ruiz de Aguirre, publicada con el pseudónimo de Sancho de Beurko, *Gударis. Recuerdos de guerra*.

La característica más común del "plano de la recordación" es el apasionamiento. Las vivencias narradas en torno a la guerra y al exilio fueron vividas con tal intensidad y con tal dramatismo que muy pocos consiguieron zafarse del estigma del recuerdo. Todas las obras que se centran en estos temas testimonian el desgarrón anímico que sufrieron sus protagonistas y que estuvo vivo a lo largo de sus vidas. Ante unas vivencias tan intensas y tan presentes, es lógico entender la carga de moralidad y de ideología que encierran casi todos los escritos pertenecientes al "plano de la recordación". Solamente encontramos cuatro casos que rompen con este denominador común: los libros de Toribio Echevarria, en los que domina una crítica chispeante y positiva, muy especialmente en *Viaje por el país de los recuerdos*; algunos escritos de Jesús Galíndez, quien por la vía del humor y de la ironía escapa de las ataduras del apasionamiento; la lírica de Ernestina de Champourcin, para quién el exilio fue una especie de liberación y, por tanto, dicha experiencia suscitó una respuesta emocional diferente a la de sus otros compañeros de diáspora; finalmente, las crónicas periodísticas de Cecilia G. de Guilarte, que escritas con la serenidad que depara el reencuentro con la tierra de origen no ofrecen la acritud y exaltamiento de los otros escritores del exilio. Salvando estas pocas excepciones, las notas más sobresalientes de los escritores de la recordación son su valor testimonial, su fundamento documental, el idealismo y el apasionamiento emocional. Sin embargo, junto a estas razones de testimonio e integridad, es obligado también proponer la falta de objetivismo, la ausencia de crítica y el descuido manifiesto en la elaboración e incluso en el estilo de los relatos o crónicas. Estas razones de apasionamiento testimonial y carencia de objetivismo crítico conforman el reverso y el anverso de este primer capítulo, "plano de la recordación", cuyo aspecto más determinante es, salvo contadas excepciones, el de la mediocridad de sus resultados.

2.2. Plano de la responsabilidad

Si el apasionamiento es la nota más característica del plano de la recordación, la admiración y el reconocimiento van a ser los principios básicos del plano de la responsabilidad. La vehemencia da paso a la sorpresa y a la observación. Implica la evolución lógica que marca el camino desde las experiencias de la guerra y del exilio hasta el encuentro y la adaptación en la nueva tierra de asilo. Con la recuperación de la serenidad, vuelve el objetivismo de la mirada escrutadora y de la valoración crítica. Igualmente se verifica la mutación de la evocación al pasado por la inquisición del presente. Todas estas razones de cambio y transformación explican la variación inequívoca de los testimonios escritos que en este nuevo contexto de adaptación van concretando los escritores del exilio vasco.

En esta segunda parte, plano de la responsabilidad, el pretexto y el texto de los relatos son de manera invariable el nuevo contexto geográfico y humano que descubren y asimilan los hombres de la diáspora. El personaje de la acción puede ser lo mismo el emigrante, el exiliado o el nativo, ya que todos ellos son habitantes de la tierra-país que les da cobijo y les facilita su subsistencia. Una vez más encontramos que el núcleo de incidencia de todos estos relatos es el contexto, la interacción del sujeto en el medio, el paisanaje del país de asilo.

Frente a este país de asilo, los escritores del exilio vasco, que testimonian sus propias vivencias o las experiencias de los otros en las nuevas tierras de arribada, concretan en sus relatos la sorpresa y la admiración por unas nuevas costumbres, por una nueva geografía, por una nueva historia, por una nueva vida y por unas nuevas gentes.

Desde la lógica de estos planteamientos, es verosímil aceptar la doble dirección temática que asumen los relatos de estos escritores. Por una parte, se encuentran los relatos que toman como protagonistas de la acción a los exiliados o emigrantes, el elemento advenedizo y, por otro lado, los que presentan como actantes de la narración a las gentes o costumbres de los nuevos países de residencia, el elemento autóctono.

Desde el primer punto de vista, acción protagonizada por el elemento advenedizo, se plasman los procesos y las dificultades de adaptación de los exiliados o de los inmigrantes en los nuevos países de residencia. El tema clave de estas narraciones es el trabajo, tratado unas veces como salvación y otras como explotación. Los géneros literarios predominantes son el relato corto y el cuento.

Desde el segundo planteamiento, el elemento autóctono, se tratan desde las vertientes de la admiración o de la crítica el pasado o/y el presente de los nuevos países de adopción. La narración que toma como pretexto del relato el pasado parte de las figuras históricas, de acontecimientos del pretérito o de personajes típicos o fiestas folklóricas, etc., para actualizarlas y darlas a conocer a sus lectores. Al dominar en este contexto la crónica histórica, adquieren gran protagonismo los géneros de la biografía, objetiva o novelada, y el ensayo periodístico. Por último, los relatos que asumen el presente humano y social de esas nuevas tierras recrean ya sea realista o ficticiamente las costumbres, ideales, valores, formas de vida, etc., etc., del amasijo racial que condensan los nuevos países de adopción. En otros casos, el presente socio-histórico

sirve a los escritores para trasladar al plano de la ficción sus obsesiones personales. Por eso, ya sea como motivo o como simple pretexto, las temáticas de presente se convierten en los ejes aglutinantes de un buen número de relatos. Los géneros literarios dominantes en este ámbito de narración son la novela y el cuento.

El plano de la responsabilidad, tal como se va exponiendo en párrafos anteriores, potencia al máximo los géneros periodísticos y literarios. El ensayo o crónica periodística, el cuento, la novela histórica y la ficción novelística adquieren un total protagonismo en la parcela del presente narrativo. Desde un punto de vista literario, se encuentran las manifestaciones más válidas y sólidas que ha engendrado el exilio vasco. La serenidad de espíritu frente a los hechos narrados, la observación y documentación de los textos presentados, el objetivismo crítico asumido por los propios autores, la voluntad creativa de la gran mayoría de los escritores, etc., proporcionan las claves precisas para erigir un cuerpo de narración de gran significación literaria. Sin lugar a dudas, en este contexto del presente se encuentran los escritos más representativos por su significación y por su validez. Frente a los escritores de la evocación, donde predomina el fundamento vocacional de su actividad literaria, los escritores de la responsabilidad en un buen número son profesionales de la escritura o bien toman la escritura como el compromiso más serio de sus actividades laborales. La dedicación y la profesionalidad de sus autores hace que desde un punto de vista crítico se puedan denominar los resultados de esta entrega vocacional como los frutos de la responsabilidad.

Junto a la profesionalidad de estos escritores y a la validez de sus escritos, cabe mencionar como rasgo distintivo el objetivismo de sus propuestas y la crítica de sus asertos. Incluso en los testimonios donde predomina la admiración, por lo general se encuentran datos puntuales que inducen al lector a la reflexión y a la crítica. Se verifica un claro distanciamiento entre el autor y el referente, de forma que una buena parte de los relatos presenta un sutil pero efectivo examen de la realidad ofrecida. Nos encontramos ante una escritura comprometida que testimonia las realidades sociales, buenas o malas, del contexto narrado o desvela las obsesiones personales, sublimes o demoníacas, de los propios autores a pesar de estar arropadas por el sutil velo de la ficción literaria.

Como resultado del breve análisis que se ha ido desarrollando, se puede concluir con la afirmación de que los principios del objetivismo crítico y de la validez literaria determinan el verdadero sentido y la auténtica categoría de los escritos pertenecientes al contexto denominado como plano de la responsabilidad.

Una de las parcelas donde destacó con más fuerza la actividad de los escritores del exilio vasco fue en el campo del periodismo. El número de escritores que ejercieron la labor del periodismo como ejercicio vocacional o como trabajo profesional es cuantioso. Es suficiente recapitular el número de revistas, gacetas, publicaciones varias que fueron apareciendo a lo largo de los años en todas las comunidades de la diáspora vasca para hacernos una breve pero cabal idea de la actividad frenética que se desarrolló en torno al periodismo. A éstos hay que sumar el trabajo de aquellos profesionales que tomaron el periodismo como forma de vida en las publicaciones periódicas más destacadas de los países de adopción. Entre el aluvión de figuras y de nombres que dan sentido y calidad a la obra periodística de los exiliados vascos caben ser destacados tres

nombres de gran importancia y de fuerte significación cultural: los vizcaínos Ramón Ertze Garamendi y Enrique Loubet junto al guipuzcoano Martín de Ugalde. En los tres casos no sólo fueron periodistas profesionales sino también teóricos de la información, ya que los tres desarrollaron una importante actividad universitaria en sus países de residencia.

Ramón Ertze Garamendi desarrolló toda su larga y prolija actividad periodística en el Excelsior de México. Su muerte, tan prematura como inesperada, truncó una vida y dejó inacabada una labor que aún no había dado sus mejores frutos. El periodista vasco no pudo llevar a cabo uno de sus planes más queridos: dar forma de libro a una parte de sus innumerables artículos. En sus miles de reportajes y artículos de sesgo político-social-religioso fue exponiendo sus ideas de fundamento humanista y de carácter liberal. Defendió en todo momento una postura comprometida con el hombre del ahora y del aquí, propugnando los principios del diálogo y de la comprensión como medios únicos para superar las incomprensiones y los enfrentamientos entre los hombres. Respetaba al hombre por lo que era más que por las ideas que defendía, ya que para el clérigo vizcaíno la verdad no se asentaba en una ideología sino en la razón de humanidad. Por eso, defendió el diálogo con los protestantes y admitió ciertos principios del marxismo como válidos, cuando el protestantismo y el marxismo eran por sí diabólicos y moralmente nefastos. Ramón Ertze Garamendi debido a su humanismo liberal de base fue una de las mentes preconciarias más abiertas y comprometidas. Estas ideas y estas motivaciones de vida y conducta conformaron el núcleo ideológico que fue impregnado y desarrollando a lo largo de varias décadas de intensa labor periodística.

Enrique Loubet pertenece más bien al periodismo científico. Su trabajo discurre por los cauces del ensayo, siendo sus temas de exposición múltiples y variopintos: ciencia, deporte, sociedad, cine y arte, etc. Cualquier tema por importante o insignificante que sea, si tiene garra y atractivo informativo, es materia de sus reportajes y crónicas. Igualmente, gusta de la información viva y directa, materializando esta vocación en sus múltiples y modélicas entrevistas. A través de la reunión de las entrevistas más queridas ha dado forma a dos títulos *Nueve famas* (México, 1976) y *La verdad como instrumento del gobierno. Reflexiones sobre la vida nacional* (México, 1984). En el caso de Enrique Loubet no se da un periodismo de sentido ideológico y moralista, como el visto en el de Ramón Ertze Garamendi, sino informativo y cultural. Desde la dirección de "Revista de revista", cuaderno semanal del diario mexicano "Excelsior", da a conocer a sus muchos lectores las caras ocultas y las vertientes más opacas de un periodismo informativo de sentido cultural conectado siempre con la vida y con la sociedad del pueblo mexicano. Su saber hacer y su gran originalidad de estilo y de temática en reportajes y crónicas han sido reconocidos por sus lectores y por la propia sociedad, siendo objeto de honores y homenajes como la obtención en diversas ocasiones del premio nacional de periodismo.

"Para Martín de Ugalde la escritura fue y sigue siendo su medio de vida pero también una forma de vivir su vida. Escribe por necesidad material y por imperativo espiritual. Sus artículos, crónicas, reportajes, etc., al mismo tiempo que reflejan un sentimiento concretan el deber de un compromiso" (*Diario vasco*. 5 de Febrero de 1991). Martín de Ugalde como ningún otro escritor del exilio vasco encarna la figura del intelectual que por vocación y por ética convierte su propia existencia en la aventura de una escritura.

Si Ramón Ertze Garamendi representa el periodismo de ideas, Enrique Loubet encarna el periodismo cultural, Martín de Ugalde preconiza el periodismo literario. El escritor guipuzcoano no sólo se preocupa por ofrecer unos cuadros de la más rabiosa actualidad sino que su preocupación periodística le lleva a construir verdaderas piezas de calidad literaria. Sus principales libros en la parcela del reportaje periodístico son *Imágenes de la Semana Santa en Venezuela* (Caracas, 1956), *Cuando los peces mueren de sed* (Mérida, 1963), *Bajo estos techos* (Caracas, 1979), etc. La agrupación de sus escritos más relevantes publicados en Venezuela ha dado como resultado su último libro de crónicas *Mientras tanto fue creciendo la ciudad* (San Sebastián, 1992). Los temas que trata Martín de Ugalde en sus crónicas y reportajes son cotidianos, corrientes, sacados de la misma vida de las gentes de ese país. Por otra parte, sus personajes no protagonizan realidades excelsas sino experiencias esenciales de la vida y de la naturaleza: vida, amor, trabajo, sentimientos, creencias y también muerte. Esta preocupación por lo esencial vital no sólo significa los propios artículos sino también las realidades tratadas. De esta manera, lo más anodino y corriente, incluso lo más bajo y marginal de la vida venezolana queda ensalzado por ese tratamiento tan crítico como humanitario, tan reivindicativo como enaltecedor. La humanización de lo prosaico y la esencialización de lo cotidiano y pedestre con una sutil pero firme crítica social sirven para crear una atmósfera sumamente sugerente y proporcionar un clímax temático de gran atractivo y de una intensa riqueza expresiva.

Junto a las figuras reseñadas, caben ser citados otros nombres de gran relevancia en el periodismo americano pero que, según criterios personales, no llegaron a la altura profesional de los tres periodistas mencionados. Las firmas de Progreso Vergara, Simón de Otaola, José Olivares Larrondo, Isidoro Calzada, Esteban Aranguren, Cecilia G. de Guilarte, etc., conforman una nómina de indiscutible calidad periodística. Otra gran figura del periodismo vasco, insertado en el mundo editorial americano, fue Juan Manuel Polo, quien desarrolló a lo largo de muchos años una gran actividad periodística, dando a conocer los lugares inhóspitos y las costumbres más genuinas de la Venezuela del interior. Las obras *Venezuela insólita* (Caracas, 1976) y *Del Nervión al Orinoco* (de próxima aparición) testimonian entre otros escritos la labor cultural de este gran periodista vasco.

Si importante es el trabajo de los exiliados vascos en la parcela del periodismo, mucho más significativa viene a ser la labor que éstos desarrollaron en el género del cuento. Sin embargo, esta importancia no reside en el número de las firmas sino en la calidad de los testimonios. En este caso, nos encontramos con que un sólo escritor, Martín de Ugalde, llena por sí solo todo el ámbito del cuento. Hasta que la sociedad vasca no reconozca que estamos ante uno de sus más originales e importantes escritores, la crítica literaria de este país seguirá dando trompicones y tumbos debido a su miopía valorativa.

El primer libro de cuentos que publica Martín de Ugalde en el exilio es *Un real de sueño sobre un andamio*. A este libro de cuentos le siguen otros títulos de gran significación en la bibliografía del cuento en castellano: *La semilla vieja*, *Las manos grandes de la niebla* y *Cuentos de inmigrantes*. En 1992, la editorial barcelonesa Anthropos ha recopilado toda la labor cuentística del escritor vasco en dos volúmenes: *Cuentos I- De la nueva tierra y los inmigrantes* y *Cuentos II- De la inmensa soledad del hombre*. En total más de sesenta cuentos que avalan un trabajo sostenido por conquistar las metas secretas de la expresión del relato breve y que consagran al escritor vasco como uno de los cultivadores más importantes de esta difícil especialidad narrativa.

Como afirma Iñaki Beti, gran conocedor de la labor cuentística de Martín de Ugalde, en su brillante prólogo al volumen primero de la Editorial Anthropos: "Los cuentos del escritor guipuzcoano son tremendamente humanos en el sentido de que siempre giran alrededor de la figura del hombre y de su capacidad para relacionarse con los demás y con el espacio que le rodea. Por otra parte, desde un punto de vista genético, son relatos que surgen de una experiencia vital vivida con intensidad, pues es evidente que Martín de Ugalde escribe íntimamente conmovido por una realidad que conoce y sufre y que trata de proyectar mediante el acto de escritura" (Cuentos I. XV). Esta cita de Iñaki Beti nos permite resaltar ciertas claves constitutivas y estilísticas del escritor vasco. En primer lugar, Martín de Ugalde relata vivencias o situaciones documentadas que le posibilitan ofrecer la realidad fabulada de forma objetiva y directa; en segundo lugar, esta realidad novelada no le interesa como anécdota y como simple desarrollo realista, sino como pretexto para volcar su emotividad y plasmar su personal filosofía afectiva. Por eso, en tercer lugar, las situaciones más prosaicas, los sujetos más marginados, los ambientes más desagradables, etc., temas y personajes persistentes en sus cuentos, aparecen dignificados por el calor humano que proyecta sobre sus relatos. De esta manera, se comprueba cómo el dato objetivo, pretexto de la narración, se subordina una vez más a ese espíritu humanista que subyace y predomina en todos sus relatos.

Si tomamos para nuestro análisis el referente de los propios títulos de las obras, *Un real de sueño sobre un andamio*, *La semilla vieja* y *Las manos grandes de la niebla* o bien *De la nueva tierra y los inmigrantes* y *De la inmensa soledad del hombre* se llega fácilmente a la lectura simbólica de los mismos. Parece que en el conjunto de los títulos se proclama un proceso de anulación progresiva, donde el hombre-personaje se precipita desde la ilusión hasta el fracaso completo, llegando a tal punto de negación que toda posible salvación se encuentra lacrada por el sello de la incomunicación, de la enajenación y de la muerte. En definitiva encarnan *Las manos grandes de la niebla* o bien *La inmensa soledad del hombre*.

Sin embargo, en la gran mayoría de los cuentos, a pesar de las apariencias, siempre hay un resquicio para la esperanza, una pequeña luz que ilumina un camino, aunque tortuoso y difícil, que nos conduce a la salvación. Es verdad también que los personajes pertenecen a las clases más desvalidas, muchos de ellos son trabajadores que viven en las condiciones humanas más deplorables y los otros conforman el mundo de los desheredados sociales. Incluso, la misma naturaleza en donde se mueven y viven estos hombres se caracteriza por su dureza y por su crueldad. Es una naturaleza tan primaria y primitiva como los propios personajes. Como ellos mismos, lleva a cabo una

persistente lucha de pervivencia en un medio tan hostil y asfixiante como ella lo es para los propios moradores. Se puede afirmar que en estos cuentos en vez de proclamarse la armonía del hombre en la naturaleza, se reivindica la pugna del hombre contra la naturaleza en nombre de la propia existencia o por la razón de la vil explotación. Incluso, las anécdotas narradas, como es de esperar, son extremas, tensivas, etc. Son situaciones límites en las que el hombre pone a prueba su condición y su naturaleza. Y sólo la voluntad y el esfuerzo consiguen que la pobre existencia de estos desheredados se vaya dilatando en una permanente y noble lucha por la vida. Y es precisamente en esta agónica lucha de supervivencia donde irrumpen los destellos de esperanza, donde se proclama la dimensión redentora del hombre.

El afán de superación en medio de las limitaciones y privaciones, la entrega al trabajo en un ámbito hostil y anulador, la capacidad de sacrificio y resignación por encima de lo humanamente razonable, la amistad y camaradería entre egoísmos y rivalidades, el amor fraterno por encima de intereses y partidismos, el cariño matrimonial a pesar de silencios y oposiciones, la entrega materna-paterna como expresión de renuncia y sacrificio personal, etc., etc., convierten a estos seres-personajes indefensos y marginados, como igualmente a ese medio-naturaleza hostil y aniquilador, en verdaderos héroes protagonistas de la narración, porque por encima de sus limitaciones y deficiencias se descubre un corazón honesto, digno y ejemplar. En medio de la absoluta negatividad que caracteriza la existencia de estos personajes, ante los ojos del lector quedan dignificados y ensalzados gracias a los valores genuinos y auténticos que encarnan y reivindican.

La dignificación del personaje y del medio, ya sea a través de técnicas objetivas -lenguaje y acción- o a través de técnicas impresionistas -evocación lírica- sirve para crear un contexto de claro pero fino "moralismo" ya que por encima de las anécdotas narradas se proclaman, en unos casos, las razones de honradez y nobleza y, en otros, los principios de resignada esperanza o de voluntariosa tenacidad.

De manera indirecta pero sutil, a través de todos estos procedimientos narrativas, se consigue formular una fuerte crítica social. Esta crítica no viene presentada por la omniscencia del narrador sino a través de la dialéctica que se establece entre el mensaje narrativo y la respuesta receptiva. En última instancia, los cuentos de Martín de Ugalde son cuentos moralistas y críticos, porque nos ofrecen un mensaje con una clara lección de vida.

Junto a Martín de Ugalde no se pueden olvidar otras firmas de gran importancia en la parcela del cuento pero un tanto oscurecidas por el prestigio del escritor andoaintarra. Es necesario mencionar los cuentos de Luis de Basabe, de gran lirismo evocativo o bien los libros y relatos periodísticos de sesgo histórico de Isidoro Calzada. En esta misma línea es de obligada mención las leyendas de Jesús de Galíndez, los cuentos periodísticos de Cecilia G. de Guilarte, los relatos breves de Iñaki de Urreiztieta, de Miguel Pelay Orozco o los de Kepa de Derteano y Basterra.

Pasando al apartado de la novela histórica, topamos con una figura de gran relieve: Isidoro Calzada. Hombre aventurero y bohemio, fue concretando en el plano de ficción sus propias vivencias, iniciándose en una narrativa de corte autobiográfico. Sin embargo, si en un principio encontró en su propia vida los materiales precisos para su

inspiración, muy pronto dio el salto definitivo hacia lo histórico, ya que la realidad del contexto se le ofrecía mucho más rica y variada que la de su propia existencia. Encontró en la historia la fuente de sus ficciones y de sus elucubraciones narrativas. Evolucionó, siguiendo este derrotero, de la narración autobiográfica a la novela histórica. Escribe con este espíritu obras tales como *Acá Carayá* acerca de la Guerra Grande del Paraguay contra la Triple Alianza; *Itapúa*, biografía de uno de los grandes caciques del Paraguay. Otros títulos de otras tantas novelas históricas son *Tacuara jhacuava*, *El cóndor de Yuytyrusú*, *Las rojas linternas de Huecuvú*, *Pai 7úcu*, etc. De lectura fácil y amena, sin grandes complicaciones de composición ni alardes estilísticos, Isidoro Calzada nos ofrece un extenso corpus narrativo, donde los personajes y los acontecimientos de los diferentes países de residencia conforman la temática más importante de sus relatos y novelas.

Sin embargo, es en la narrativa de ficción donde encontramos los mejores ejemplos de una novela de "responsabilidad". Los cuentos y la novela de ficción que revelan "El encuentro de una nueva tierra" o "plano de la responsabilidad" constituyen los ejemplos más sobresalientes de la literatura del exilio vasco. En esta parcela literaria destacan con luz propia escritores de la talla de Juan Goyanarte, Cecilia G. de Guilarte, Miguel Pelay Orozco, Martín de Ugalde, Luis de Basabe, Ramón de Belausteguigoitia, Cástor Narvarte, José Olivares Larrondo, Simón de Otaola, etc.

El mondragonés Juan Goyanarte representa como ninguno el proceso de adaptación y simbiosis final con la nueva tierra de adopción. Títulos como *La semilla que trae el viento*, *La semilla en la tierra*, *Lago Argentino*, *Kilómetro 25*, etc., testimonian este proceso de conciliación y hermanamiento con la nueva tierra y con las nuevas gentes de los nuevos países. La proyección simbólica de los dos primeros títulos, en donde los personajes centrales aparecen como semilla arrastrada por el viento del destino y a punto de fructificar en la tierra donde han enraizado, concluye con obras como *Lago Argentino o Kilómetro 25*, en donde los personajes son parte integrante de esa tierra de trabajo y existencia. Con unas técnicas claramente naturalistas, el autor profundiza en los caracteres de sus personajes para desvelar sus sueños y preocupaciones y testimoniar unas vidas ancladas en un espacio geográfico que los va moldeando y asimilando. Por eso, en definitiva, en las novelas de Juan Goyanarte, el verdadero protagonismo no recae en la acción de los personajes sino en el espíritu de la tierra, del medio geográfico.

Otra obra de gran interés narrativo es la novela de Martín de Ugalde *Las rejas están sembradas en el jardín*. La anécdota central de la obra es la dura y opresiva lucha por la vida en un reformatorio, donde se encuentra encerrada la escoria de la sociedad con toda su miseria a cuestas. Los personajes son plurales debido a la heterogeneidad de sus vivencias y a la multiplicidad de planteamientos. Cada persona es un caso, siendo la novela el conjunto de las existencias que pueblan o que se relacionan con el recinto cerrado del reformatorio. Este dato de partida explica el pluriperspectivismo narrativo, aunque la voz narrante más importante sea la de una muchacha que gracias al trabajo y a la fe en el hombre consigue sacar de ese reformatorio, símbolo de opresión, a su hermano pequeño y salvar a su familia. *Las rejas estén sembradas en el jardín* es una novela muy pensada y trabajada, donde el sentimiento prevalece sobre la objetividad narrativa, de forma que la confrontación de realismo y lirismo proporciona una visión

simbólica que funciona, a su vez, como exponente de una lección, a un mismo tiempo, de moralidad y de crítica social.

El ritmo de la época, la mejor novela del ensayista Miguel Pelay Orozco, revela más que una realidad objetiva la ideología profunda del propio autor. La temática superficial se centra en la vida disparatada y caprichosa de la alta sociedad caraqueña, que sólo sabe despilfarrar tanto el tiempo como el dinero con sus extravagancias y veleidades. La pobreza de espíritu con una falta de ideales humanos, la prepotencia de la fuerza, la carestía de medios de superación, etc., impiden la redención de los más necesitados y aceleran la ruina de los más acomodados. La novela trasluce una visión irónica y cruel de la realidad social. El autor revela por la vía indirecta de la ficción literaria sus propias creencias sobre su tiempo y sobre su mundo: la imposibilidad por parte del ser humano de potenciar los valores humanos al encontrarse marcado por los egoísmos interesados y caprichosos. Aunque el ambiente y los personajes sean Venezuela y los venezolanos, en el fondo se testimonia la trágica realidad del ser humano en los tiempos presentes. Esta tesitura socio-humana marca la pauta de *El ritmo de la época* y explícita la tesitura espiritual de su autor.

El donostiarra Simón de Otaola representa un caso sobresaliente dentro de la narrativa del exilio vasco. En su novela encontramos dos grandes protagonistas: el "yo" de la autoría con sus múltiples vivencias y México, lugar de residencia en su exilio. Sus obras van oscilando de un terreno a otro en un zigzag temporal que sirve para unir el presente con el pasado, España con México, la vida emocional con la existencia real. *Los tordos en el pirul*, *El cortejo*, *El lugar ese...*, etc., así lo confirman. Incluso sus libros no narrativos, libros de memorias como *Tiempo de recordar* o bien de crónicas como *Unos hombres* y *La librería de Arana*. *Historia y fantasía* también proponen este bamboleo de sentido evocativo al testimoniar las vidas de unos exiliados con la presencia de España como punto de referencia. Sin embargo, en los escritos de Simón de Otaola subyace un humanismo de partida claro, que hace que los personajes por bajos que sean y las situaciones por marginales que parezcan presenten categorías de dignidad humana. Todo está visto y contado por un corazón que se siente identificado con las gentes y las tierras de su nuevo país. Incluso en *Los tordos en el pirul* el centro del relato es la vida anodina de un pueblo perdido: San Felipe Torresmochas, que funciona en la narración como razón desencadenante de la memoria afectiva que le lleva a recuperar por obra y gracia de la evocación situaciones y recuerdos análogos acaecidos en la España de antes del exilio. Otro rasgo típico de la novela del escritor donostiarra es el humorismo. Dependiendo de obras y de momentos, perceptible según va pasando el tiempo y los recuerdos se vuelven más amargos, se nota un cambio gradual en su talante humorístico que va de una visión risueña-crítica a otra más despiadada y escéptica. En definitiva, cabe afirmar que la narrativa de Simón de Otaola testimonia la realidad social y humana del pueblo mexicano vista y planteada desde el sentimiento y las evocaciones de un exiliado.

Desde una tesitura más objetiva y sin las claves de humor que revela la obra de Simón de Otaola, pero con ese mismo encanto y sentimiento hacia los pueblos y las gentes mexicanos topamos con la obra novelística de la escritora tolosarra Cecilia G. de Guilarte. Novelas como *Cualquiera que os dé muerte* o bien *La soledad y sus ríos* testimonian esta simbiosis de la autora con su nuevo país de residencia. En las páginas de estas novelas encontramos el mismo tratamiento de humanismo y significación que

hemos encontrado en otros escritores del exilio vasco como Martín de Ugalde o Simón de Otaola. Y como los escritores anteriores, la escritora novela la vida de los exiliados en la nueva tierra de residencia. El estilo de Cecilia G. de Guilarte es directo, conciso y llano, muy poco dado a las florituras lingüísticas y a las perífrasis ejemplificadoras. En el fondo, la escritura de nuestra novelista responde a las directrices del periodismo, campo de donde surge su vocación literaria y en donde fragua su estilo narrativo.

La narrativa de Cástor Narvarte presenta un talante distinto que la diferencia y distancia de la totalidad de las obras aquí comentadas. Un buen ejemplo es *La hoz*. Esta obra cuenta la vida y la muerte de Ernesto Garmendia, un joven vasco exiliado en Chile. Aunque en la obra existe un trasfondo de evocación y nostalgia -la guerra civil y el exilio junto a una fuerte añoranza por la tierra perdida y por el país abandonado- la auténtica historia se centra en la vida de un grupo de refugiados vascos en el Santiago de Chile de los años 40. Sin embargo, en la presente novela, la pura narración no cuenta demasiado o, si se quiere, interesa como marco de una acción intelectual. Incluso, las anécdotas y los personajes deambulan en el mundo de la ficción sin orden aparente y sin una función clara, debido a que la unidad de la obra no reside en la lógica de la acción sino en la lógica del pensamiento. *La hoz* es una novela de ideas, donde prevalece como medio narrativo el diálogo y el monólogo.

En esta novela, la razón de- existencia aparece como el tema nuclear del relato, donde ésta interesa como experiencia personal creadora de permanentes interrogantes, especialmente cuando se tiene conciencia de la interrelación íntima entre la vida y la muerte. Ante la conciencia de esta realidad, la existencia debe tomarse como elección constante de posibles caminos que deben servir como propuestas y razones de índole existencial. En el fondo, se percibe la rabiosa defensa de un sentido ético para la vida.

Por eso, *La hoz*, símbolo del fin ineludible de las realidades materiales, propugna una "eticidad" existencial o una existencia con valor ético. Quizá, en el propio personaje se verifique una cierta pérdida de voluntad, sin embargo, en el lector renace con más fuerza, simple razón compensatoria, la necesidad de potenciar el valor ético en la vida, que de forma velada, va proponiendo el autor a lo largo de la obra. Verdadero guiño ideológico entre autor y lector a través del mundo de ficción y gracias a todos los resortes narrativos que se ofrecen en la presente novela.

Las reseñas de estos seis novelistas, por sucintas que sean, son testimonio irrefutable de la importante y de la dinámica actividad narrativa que engendró el exilio vasco. La novelística vasca no ha proporcionado firmas de altura universal, pero ha podido reunir a un grupo estimable de escritores que significa con sus obras y con su talante espiritual el universo cultural de sentido literario. Los escritores vascos vivieron intensamente la realidad social e histórica de los pueblos de adopción de forma que consiguieron sentir y fusionarse con el alma de las gentes y de los países que los acogieron para después reflejar en sus obras un verdadero sentimiento de compromiso y admiración por esos nuevos hermanos y por esas nuevas tierras.

2.3. Plano de la nostalgia

Junto al "plano de la responsabilidad" que testimonia el encuentro y la adaptación de los exiliados en las nuevas tierras de asilo, encontramos el "plano de la nostalgia" que rememora reflexiva o evocativamente la tierra perdida. Desde los nuevos países de asentamiento, la gran mayoría de escritores del exilio vasco volvieron los ojos hacia su país de origen con el fin de interpretar los porqués profundos de una guerra absurda y de un exilio doloroso o bien pretendieron recuperar con la fuerza de la evocación momentos concretos de la historia de su pueblo, ya fueran éstos acontecimientos o biografías de personajes representativos, con los que se sentían plenamente identificados o bien recrearon imaginativamente cuadros narrativos que les permitían revivir o reinterpretar vivencias o sentimientos anclados en las conductas de su pueblo. Ya fuera por la vía de la interpretación, de la invocación o de la evocación, todos los caminos conducían al planteamiento nostálgico del reencuentro interior con la tierra perdida.

El "reencuentro con la tierra perdida" se concreta literariamente a través de los géneros del ensayo, de la biografía, del relato breve y muy excepcionalmente de la novela. El ensayo potencia la vertiente reflexiva y analítica para interpretar las causas y consecuencias de los acontecimientos históricos que determinaron la suerte del País Vasco y el destino de muchos de sus hijos. Frente al recuerdo o la recreación, propias del plano de la recordación, ahora se instaura la interpretación como el rasgo más distintivo del plano de la nostalgia. A través de la biografía se destacan aquellas vidas o bien aquellos comportamientos sociales, siempre insertos en el universo de los vascos que por una razón u otra sintonizaban con el mundo interior y con el estado vivencial de los exiliados. A través de las biografías se intentaba potenciar unas conductas que por sus respuestas concretas ante la existencia o ante la historia se valoraban como las más idóneas para ser emuladas o tenidas en consideración en momentos de dispersión y de exilio. El relato breve evoca o recrea nostálgicamente cuadros de la vida diaria o estampas festivas del vivir vasco. A través de estos relatos se actualizaban evocativamente aquellas experiencias vividas o sentidas en el pasado y que eran imposibles de ser celebradas en la actualidad por efecto de la distancia. La ficción literaria se comporta como sucedáneo de la vivencia y la recreación evocativa ocupa el lugar de la experiencia. Por último, la novela, presente aunque de forma excepcional en el plano de la nostalgia, desarrolla una fábula narrativa con la finalidad de profundizar en las causas históricas y sociales que determinaron la suerte y el destino del país y de sus hombres. Como en el caso del ensayo, la novela se convierte en medio de interpretación; pero a diferencia del ensayo, opta por la ficción y por la perífrasis literaria para desvelar y proponer unas mismas claves de sentido e interpretación.

Desde perspectivas distintas pero con una misma motivación, los escritores del exilio vasco asumieron como reto social y como respuesta personal la explicación y la recreación de vivencias y de historia en torno a su país y a sus hombres, propiciando el reencuentro nostálgico con la tierra perdida.

Desde el punto de vista literario-periodístico-ensayístico dos figuras adquieren un gran relieve: el donostiarra Eugenio Imaz y el bilbaíno Juan Larrea. Entre ambos escritores se ofrece un cuadro de sentido completo, en cuanto el pensamiento de Eugenio Imaz encarna la pregunta y la ideología de Juan Larrea revela la respuesta. Eugenio Imaz en sus obras *La fe por la palabra*, *En busca de nuestro tiempo*, *Topía y utopía* y *Luz en la caverna* propone la amarga realidad y el trágico sentido de la contienda militar; Juan Larrea propone en *Rendición de espíritu*, *La espada de la*

paloma, *La religión del lenguaje español*, *Razón de ser*, etc., la respuesta esperanzada y optimista en la realidad del Nuevo Mundo a partir de las interrogaciones de guerra civil y exilio. Sólo mencionamos en este apartado las líneas temáticas de estos dos grandes ensayistas vascos, ya que la explicación se dará en el apartado siguiente.

Dentro del plano de la nostalgia se encuentra una clara línea que discurre entre la evocación y la invocación, materializada en el género de la biografía y el ensayo histórico. Entre los escritores del exilio vasco nace, por una parte, la necesidad urgente de recuperar ciertos comportamientos personales o sociales de la historia del País Vasco para fortalecer los ánimos de los miembros de la diáspora vasca en los momentos difíciles del exilio y de la dispersión; por otro lado, era una exigencia formulada y respondida a nivel personal que intentaba recuperar y reconstruir su propia historia en los momentos cruciales en que estaba en juego el mantenimiento o la pérdida de su identidad racial y nacional. La biografía y el ensayo histórico adquieren un puesto importante entre las actividades culturales del exilio vasco, aunque estas manifestaciones respondieran más a razones reivindicativas o testimoniales que a principios de objetividad crítica. Lo importante era testimoniar unas vidas, personales o sociales, aunque se pecara contra el principio de objetividad y cientifismo, porque así lo exigía el momento histórico y así venía impuesto por las limitaciones reales que determinaban la manera de concretar las semblanzas biografiadas o los acontecimientos analizados. Como respuesta a este afán y a estos propósitos se escriben numerosos libros que se caracterizan más por su valor testimonial que por su valor científico. Entre ellos adquieren importancia los temas y los personajes del País Vasco que en su día tuvieron relación directa con la vida social, económica o política de América. Desde esta perspectiva, Vicente Amezaga escribe sus ensayos sobre *Hombres de la Compañía Guipuzcoana o El elemento vasco en el S. XVIII venezolano*. José Estornés Lasa publica en la Editorial Ekin su estudio sobre *La compañía guipuzcoana de Caracas*. Enrique de Gandía redacta sus ensayos sobre los *Primitivos navegantes vascos y las Malvinas o Francisco de Vitoria y el Nuevo Mundo*. En esta misma línea se encuentran las biografías de Cecilia G. de Guilarte sobre *Juana de Astarbe, la monja almirante o Sor Juana Inés de la Cruz. Claro en la selva*. Desde una perspectiva más general, se pueden citar los ensayos de Andoni Astigarraga, *Orígenes, características e historia de un pueblo*, *El hombre vasco* de Vicente Amezaga, *El carlismo de los vascos* de Justo Gárate o bien las biografías de Pedro de Basaldúa sobre *Ignacio de Loyola y Francisco Xabier, El libertador vasco. Biografía de Sabino Arana Goiri* como igualmente *Jesús de Galindez: víctima de la tiranía de América*. De obligada mención son los estudios históricos de Bernardo Estornés Lasa sobre *El ducado de Vasconia (476-824)* y sobre *Eneko Arista, fundador del reino de Pamplona* o los de Gabino Garriga sobre *El Conde de Peñaflores y los caballeros de Azcoitia*, etc., etc. La lista se podría multiplicar con más títulos y más autores, pero con los señalados parece suficiente para demostrar la rica actividad testimonial de la biografía y del ensayo histórico entre los intelectuales del exilio vasco.

Otro capítulo aparte dentro del plano de la nostalgia lo conforma el cuento o relato breve, donde se fabulan anécdotas, creencias o experiencias propias del vivir del pueblo vasco, revividas evocativamente en la lejanía del exilio y presentizadas gracias a la fuerza recuperadora de la memoria afectiva. Frente a lo que podría esperarse, el exilio vasco no ha sido pródigo en este tipo de escritos. En términos generales se puede afirmar que en el conjunto de las expresiones literarias de la cultura vasca en el exilio el

cuento o relato breve de proyección evocativa es más bien excepcional. Se pueden presentar ejemplos de autores y obras, pero no se puede ofrecer como en otras parcelas un cuadro rico y heterogéneo. En este apartado, tres nombres destacan con personalidad propia: Miguel Pelay Orozco con *Retablo vasco* y *A la sombra del Aitzgorri*; Luis de Basabe con *4 cuentos vascos* y *Lompipa. Relatos de un duende vasco*; Iñaki Urrestieta con sus *Cuentos y País Vasco*. En este mismo contexto expositivo, aunque al margen del relato breve y del cuento, se encuentra la obra dramática de Víctor Ruiz de añibarro condensada especialmente en el tomo publicado por la editorial Ekin de Buenos Aires bajo el título de *Teatro vasco, el bardo de Iraltzu, El árbol dio una canción, Mujeres de Berrigorria*.

Como último exponente del plano de la nostalgia, dentro de la línea de la ficción narrativa, creemos imprescindible proponer, aunque sea de forma esquemática, el sentido profundo de dos últimas novelas: *Tiempo de llorar* de María Luisa Elío Bernal y *Las brujas de Sorjín* de Martín de Ugalde.

Tiempo de llorar es un relato autobiográfico de la evolución anímica de una exiliada que con nostalgia y temor se enfrenta con el paraíso perdido de su niñez: Pamplona. Después de más de treinta años de ausencia, en los que la capital navarra funcionaba evocativamente como expresión de un tiempo y de un espacio felizmente vivido, encuentra que sus experiencias ya no son nada porque pertenecen a una historia pasada sin realidad en el presente. El reencuentro físico con Pamplona significa la toma de conciencia de un tiempo pasado sin presente y de un paraíso perdido sin retorno. Evocativamente el personaje queda roto por perder parte de su historia, pero, como razón compensatoria a esta pérdida de identidad, se refuerza la dinámica vital de la realidad: la marginación de su condición de exiliada y su identificación plena con su personalidad mexicana. La historia de María Luisa, personaje de ficción, ejemplifica el drama y la ventura de la propia autora, y con ella la de muchos otros exiliados vascos, que después de tantos años de exilio y de crispación emocional descubren que lo realmente válido es la realidad existencial de su historia personal frente a un pasado nostálgico sin validez histórica en el presente.

Las brujas de Sorjín de Martín de Ugalde es una obra de carácter crítico en la que se estudian y analizan las claves de sentido de la historia del propio País Vasco. Entraría a formar parte del plano de la interpretación, pero se aparta del mismo ya que este intento de desentrañamiento se hace desde la vertiente simbólica de la ficción en vez de ser realizada desde la dimensión objetiva del ensayo. Por estas razones y por su mérito literario, merece un tratamiento independiente, aunque, como es lógico, dentro del plano que le corresponde: el reencuentro consciente y nostálgico con la tierra perdida.

Las brujas de Sorjín es la historia fabulada y simbólica del País Vasco, presentada en un tiempo concreto que discurre desde la guerra civil hasta la época clave de finales de los sesenta o principios de los setenta. Sin lugar a dudas, entre las empresas literarias de Martín de Ugalde, ésta ha sido su aventura más difícil y comprometida. La realidad vasca durante la época del franquismo es tan compleja y variante, presenta tantas caras y tantas aristas, etc., que querer reproducir a través de la ficción tal realidad y al mismo tiempo interpretarla es una tarea aventurada y un compromiso serio. El autor mezcla y superpone anécdotas y líneas temáticas en una

especie de laberinto narrativo para explicar el hecho de la guerra civil y de sus consecuencias, la muerte para unos y el silencio para otros, el nacimiento de E.T.A. y la respuesta policial, la aparición de la droga, etc., etc. En medio de este contexto socio-político, también pululan las vidas particulares de un conglomerado humano que a través del amor y del trabajo hace realidad día a día el país y la historia de ese Sorjín que simboliza a Euskalerría.

Comprobando la pluralidad de personajes y de anécdotas, se entiende el uso de un pluriperspectivismo narrativo que permite ir progresando en la acción o bien plantear una misma realidad o situación desde puntos de vista opuestos. El diálogo y la narración prevalecen en la obra, pero quizá la voz narrante más importante sea la del propio narrador omnisciente, quien se inmiscuye en los propios personajes para reconvertir el monólogo interior directo en monólogo interior indirecto o bien imponer en otras ocasiones el estilo indirecto libre. En ciertos casos, un personaje dado aparece al mismo tiempo como primera y tercera persona, encarnando voces diferentes para responder a la pluralidad y complejidad de la realidad tratada. Las técnicas narrativas en esta novela son laberínticas como complejas y difíciles son las realidades que se plantean en la obra. *Las brujas de Sorjín* es una gran novela, la novela más importante escrita en el exilio, en la que su autor incorpora las técnicas más actuales y acomete con toda valentía un tema tan difícil y vidrioso como la interpretación de la realidad del País Vasco a lo largo de la época franquista.

3. PENSAMIENTO DEL EXILIO VASCO

Dentro del capítulo del pensamiento vasco en el exilio, sin poder ser exhaustivos debido a la complejidad de ideas y propuestas que los propios escritores presentan como al número de los mismos, se ha optado por tres figuras de gran altura intelectual dentro del campo del pensamiento y verdaderos profesionales de las ideas: Eugenio Imaz, Juan Larrea y Cástor Narvarte. También se han introducido dentro de este capítulo las firmas de Toribio Echevarria y de Ramón Ertze Garamendi, porque, sin ser auténticos hombres de pensamiento, en sus obras de carácter biográfico o periodístico desarrollaron todo un pensamiento de vida y cultura de gran coherencia interna. Es obligado mencionar la obra y la personalidad del filósofo navarro Juan David García Bacca, que no será analizado, aunque si presentado, en este trabajo por ser el autor del exilio vasco que cuenta con la más prolija crítica. Hubiéramos podido presentar otros nombres con obras más o menos señaladas, pero creo que estos escritores representan la cima del pensamiento vasco en el exilio.

3.1. Eugenio Imaz

Para poder ofrecer una síntesis valorativa del pensamiento del ensayista donostiarra Eugenio Imaz es necesario partir de un hecho clave en su existencia: su muerte. Eugenio Imaz muere trágicamente a la edad de 50 años, edad prematura para que un filósofo pueda desarrollar y organizar el caudal ideológico de su pensamiento. Por eso, si la muerte del pensador vasco fue trágica desde una perspectiva existencial, hay que afirmar que desde un punto de vista cultural fue igualmente dramática, ya que truncó un rico y profundo pensamiento que estaba en disposición de ofrecer sorprendentes frutos por su originalidad y por su riqueza. Eugenio Imaz muere en 1951. En esas fechas contaba con tres títulos mayores e infinidad de trabajos sueltos: *Asedio a Dilthey.- un ensayo de interpretación* (México, 1945), *El pensamiento de Dilthey. Evolución y sistema* (México, 1946) y *Topia y utopia* (México, 1946). A esos títulos y con carácter póstumo, recopilando parte de los artículos sueltos, Alfonso Reyes y José Gaos publicaron un nuevo título: *Luz en la caverna* (México, 1951). A estas obras hay que añadir las que se han publicado recientemente en San Sebastián a base de la recopilación de sus aproximadamente 150 trabajos entre artículos, prólogos, epílogos, etc. Su bibliografía se ha enriquecido con nuevos títulos: *La fe por la palabra* (San Sebastián, 1989), *En busca de nuestro tiempo* (San Sebastián, 1992). La reedición de las primeras obras y la publicación de las últimas hace que la obra del pensador vasco esté casi completa y al alcance del lector interesado, cosa que hasta hace muy poco tiempo era imposible, razón en parte de su olvido, marginación y desconocimiento.

A partir de la dispersidad que ofrece un pensamiento desarrollado preferentemente en artículos y prólogos -salvo la excepción de los estudios sobre Dilthey- es relativamente sencillo rastrear unos fundamentos básicos que funcionan como ejes de sistematización de todo su pensamiento.

En primer lugar y como centro de incidencia de todo el sistema ideológico de Eugenio Imaz se encuentra el principio de humanismo, donde el hombre se convierte en razón primera y última de la creación, de la naturaleza y de la historia. Ahora bien, esta razón de humanismo-hombre no está planteada ni concebida como pura entelequia o simple abstracción, etc., sino como real circunstancia que se realiza y modifica en un tiempo y en un espacio concreto y particular. Este humanismo circunstancial se revela como historicista, ya que todo hombre es ser histórico por ser ente circunstancial. De ahí que el humanismo que defiende Eugenio Imaz sea un humanismo historicista.

Si la historia se realiza en el tiempo, el hombre como ser histórico es igualmente tiempo y, en cuanto tiempo, camino-dirección a una meta, a un destino. El hombre vive de forma insoslayable en un tiempo que en sus sucesivas fases se va realizando como un continuo presente, -tiempo de la circunstancia histórica. Este tiempo actualiza la llamada *época de la historia*, época encaminada hacia un futuro que tiene como misión objetivar *la época del espíritu*, expresión de la realización plena del hombre en el tiempo como complemento y superación de la propia historia. Cuando el hombre haya alcanzado la meta final, el destino último, habrá alcanzado la realización del *humanismo historicista*.

Esta dualidad entre presente y futuro, entre la *época de la historia* y la *época del espíritu* actualiza y revela toda una serie de fuerzas encontradas que determinan la marcha de la historia y el estar del hombre en su tiempo histórico. La historia que en cada momento es la resultante final del choque y neutralización de fuerzas encontradas entre libertad humana y determinismo finalista concreta la dialéctica entre las *topías* del presente y las *utopías* de futuro.

Si esto es así, la historia como evolución y progresión hacia su destino final depende en última instancia de la voluntad del hombre, no tanto del hombre como ser individual sino del hombre como ser colectivo. Es el pueblo, en su sentido más lato, el encargado de materializar en el tiempo las distintas etapas del proceso teleológico de la historia hasta la conquista del destino final: la *época del espíritu*.

Cuando la voluntad del pueblo coincide con el itinerario teleológico de la historia, la marcha hacia el destino último se acelera. Por el contrario, cuando voluntad popular y finalidad historicista se oponen, la marcha se ralentiza o para, llegando en ocasiones a retroceder o perder el rumbo.

En momentos de involución o desorientación se hace imprescindible la figura del intelectual, poseedor y portador del conocimiento-saber historicista. El intelectual tiene que ofrecer al pueblo esas referencias o conocimientos, para que éste nuevamente tome conciencia de su verdadera naturaleza y de su auténtica finalidad. Sólo a través de esta toma de conciencia, se puede verificar el compromiso y la entrega. La misión del intelectual queda así objetivada en una conducta, en cuanto el pueblo asume primero el conocimiento y después el compromiso. Se llega a dar como resultado final la identificación entre pueblo e intelectual, entre motivación de circunstancia y razón de finalidad, etc. Esta simbiosis de conocimiento y entrega entre el pueblo y el intelectual forma la síntesis de la dialéctica histórica en ese caminar progresivo hacia el futuro, hacia la *época del espíritu*.

Si como se afirmaba con anterioridad, el humanismo tiene que ser historicista por ser circunstancial, el auténtico intelectual debe comprometerse con la realidad circunstancial e histórica, con el tiempo y con el contexto en los que el pueblo se concreta y se realiza. Todo pretendido intelectual que viva y se pronuncie al margen de las circunstancias históricas podrá ser cualquier cosa menos intelectual por no cumplir con la razón de responsabilidad y, por tanto, con el principio de autenticidad. Y es precisamente este principio de responsabilidad el que identifica el destino del pueblo con la suerte del intelectual.

En las circunstancias históricas de presente, el pueblo ha defendido y propuesto el sistema democrático como la forma propia de su voluntad política. Por lo tanto, la *democracia* como sistema político es, por una parte, manifestación de la voluntad del pueblo, pero, por otra parte, un paso adelante en el proceso histórico hacia la *época del espíritu o Humanidad*. Si el pueblo en su caminar hacia la meta histórica ha validado la democracia como razón histórica, el intelectual la tiene que revalidar con su palabra, con su acción, con su compromiso.

Cuando la razón de democracia, expresión de la voluntad soberana del pueblo, recibe el nombre de *República*, la lógica histórica determina que el intelectual se comprometa con la república, no tanto porque se sea o se comulgue con el ideario republicano sino por ser y sentirse demócratas responsables. Esto hace que tanto el pueblo como el intelectual al aceptar el republicanismo tengan que negar y rechazar los sistemas totalitarios tanto de derechas como de izquierdas, tanto las dictaduras fascistas como las dictaduras del proletariado. La lógica histórica y la lógica intelectual promueven y defienden políticamente un punto medio, punto equidistante entre ambas posturas extremas, que en las circunstancias actuales es la *democracia* presentada con el ropaje de la *República*.

Eugenio Imaz, como otros muchos intelectuales de su época, fue un declarado republicano por ser un auténtico y responsable demócrata. Eugenio Imaz nunca se consideró una persona de partido político, sí un hombre comprometido seriamente con la realidad humana. Sólo, cuando en medio de la hecatombe de la guerra civil española sintió que peligraba la razón de humanidad, asumió un partidismo político claro y decidido: el republicano. Ésta era la respuesta más consecuente con relación a sus propuestas ideológicas.

Por otro lado, según el pensamiento del ensayista donostiarra, el Espíritu, Dios, se manifiesta y materializa en el pueblo, de forma que las realizaciones del pueblo en el tiempo histórico son demostración y expresión del espíritu. La divinidad, el espíritu se va revelando de forma continua y permanente en el comportamiento puntual del pueblo. Las frases de Eugenio Imaz al respecto son incuestionables, cuando afirma que toda la historia universal no es otra cosa que la realización del espíritu y que la historia nos enseña que todos los pueblos marchan y se tienen que encaminar hacia la democracia, de forma que detener o luchar contra la democracia es ir y enfrentarse con el mismo Dios.

De esta manera, la República no sólo queda legitimada por ser voluntad expresa del pueblo, queda también sacralizada por ser la manifestación directa de la voluntad del espíritu. Si esto es así, para Eugenio Imaz la historia deja de ser la concatenación casual de hechos y acontecimientos para convertirse en materialización expresa de la idea del Espíritu en el tiempo. Bajo este sentido, aceptar las decisiones libres del pueblo es asumir responsablemente el designio del espíritu y la finalidad trascendente de la historia.

Desde la perspectiva de este planteamiento, es fácil deducir cuál pudo ser el sentido profundo que tuvo que presentar la guerra civil española. Para Eugenio Imaz, la sublevación militar fue una respuesta violenta contra la República, contra la democracia, contra la voluntad del pueblo y contra el designio del espíritu. El alzamiento armado fue la prueba más definitiva de un comportamiento antidemocrático, ya que negaba las conquistas del pueblo a lo largo de la historia, torpedeaba la forma política del gobierno legítimo e invalidaba las verdades reveladas por el Espíritu en la historia de la humanidad. La guerra civil es valorada por Eugenio Imaz como un aborto maldito de la historia y como un monstruo de la naturaleza humana sin precedentes históricos.

Eugenio Imaz defiende un claro finalismo para el proceso histórico del hombre, cuya etapa última será la eternidad humana o *Humanidad* o tiempo del *Homo Amans*. La historia, por tanto, es la expresión puntual del camino progresivo desde el humanismo de presente hasta la *Humanidad* de futuro. Entre estas dos fases, se impone un largo camino de renunciaciones y superaciones. El acceso a la *Humanidad* requiere un proceso permanente de maduración humana hasta el logro de la perfección última, antesala de la divinización del hombre en el principio de *Humanidad*.

Si éste es el organigrama ideológico del ensayista vasco, la guerra civil aparece como contrafactum de todo su pensamiento, ya que parece negar en la realidad histórica los principios de su ideario filosófico. Este divorcio entre historia e idea, entre praxis e hipótesis, determina el gran desgarrón emocional y la gran interrogante vital del escritor frente a la propia existencia. A partir de este momento histórico, indaga un sentido para el hombre y una lógica para la historia. Sin embargo, como búsqueda implica deseo más que realidad, esperanza más que posesión. Por eso, la vida, la obra y el pensamiento de Eugenio Imaz pueden ser valorados y presentados como la búsqueda apasionada de una utopía imposible.

3.2. Juan Larrea

El caso de Juan Larrea es un caso atípico, difícil de encasillar en un género o en una modalidad cultural. Aunque más literato que filósofo, a través de su creación narrativa expone un cuerpo de sentido que no puede ser marginado de una exposición, por esquemática que sea, sobre el pensamiento del exilio. Una amplia bibliografía con títulos tan señalados como *Rendición de espíritu* (México, 1943), *La espada de la paloma* (México, 1956), *Razón de ser* (México, 1956), *Teleología de la cultura* (México, 1965), etc., avalan lo que estamos proponiendo. De todos estos títulos y otros más se desprende que Juan Larrea, al margen de escuelas y preceptivas, ha sabido crear un género que abarca el ensayo, la filosofía, la antropología y la literatura. Esta obra narrativa de carácter híbrido nos permite tratar la obra y las ideas de Juan Larrea dentro del presente apartado.

Según el pensamiento de Juan Larrea, en la historia de los pueblos, España había adquirido el compromiso de una misión propia y específica. Por eso, más que una pura consecuencia de las circunstancias históricas, España se presentaba en el concierto del mundo como predestinación y como destino. Como afirma el escritor bilbaíno, España era un pequeño universo aparte, clave y semilla de universalidad. De esta manera, España, por finalidad y compromiso, estaba llamada a ser ejemplo de perfección y de orden, ya que su destino era precisamente proclamar un mundo de valores absolutos en medio de los principios de justicia, de paz, de libertad, etc. Juan Larrea es claro al respecto:

"El pueblo español... cree en la existencia de un más allá de orden más noble, complejo y elevado, en el derecho inalienable que asiste a cada individuo y a todos juntos para dirigirse libremente hacia un porvenir superior por las sendas de la justicia y del progreso."

(*España Peregrina*. T.1. N.O 1. Pág. 3)

La historia de España se orientaba hacia el futuro y cada paso hacia adelante significaba la prueba de su legitimidad y la razón de su autenticidad. Cada etapa recorrida implicaba superación y acercamiento a la meta final de la humanidad. España era ejemplo para el mundo y para la historia, ya que ella misma encarnaba la dirección que debían tomar el universo y el hombre en el plano de la renovación.

En este contexto de regeneracionismo superativo estalla la guerra civil. Con la guerra se destruye la dialéctica evolutiva hacia *el siempre-adelante* y se traiciona el compromiso adquirido con el propio destino de España y de la humanidad. La guerra civil no es, por tanto, una contienda por la hegemonía política, es ante todo un enfrentamiento de sentido teológico donde combaten dos ideales de vida y dos concepciones de historia, encarnados en la España legítima y popular de la República y en la España dogmática y fascista del clero y de los militares.

El pueblo español, la España legítima, luchó y murió por la paz, sacrificándose por el futuro. La España vencedora se retrotrae a su pasado, celebrando las glorias de su historia pretérita. Se crea, como consecuencia de esta confrontación, una dialéctica enfrentada de evolución e involución. Una se sustenta en la razón del derecho, la otra se proclama con el poder de la fuerza. En definitiva, desde perspectivas encontradas, se erigen dos Españas, la España material, ensimismada y cerrada en su propia concreción, y la España espiritual, que rompe sus límites geográficos, dando a luz la nueva España de la diáspora y del exilio, la *España Peregrina*. De esta manera, la España Peregrina proclama el principio de espiritualidad sobre la razón de la materia y encarna la dimensión de un ecumenismo teológico sobre la limitación de su geografía.

A partir de estos expresados, Juan Larrea, dando un paso adelante, propone las relaciones entre pueblo español y Nuevo Mundo. El espíritu de España no sólo proclama la realidad de una nueva vida, también testimonia la necesidad del nuevo mundo. De forma implícita, quedan desvelados los ejes de relación que marcan el itinerario teleológico e histórico desde España hasta el Nuevo Mundo.

A su vez, este Nuevo Mundo, identificado con el espíritu universal de España, se encarna en América. De esta manera, América debe interpretarse como consecuencia y derivación del espíritu y del esfuerzo creador de España; pero, al mismo tiempo, como materialización en el tiempo y en el espacio de un designio original y teleológico que eligió a España para esta labor de transbordo y transformación.

Según Juan Larrea, el origen de la humanidad se encuentra en el continente asiático, siendo la ciudad de Jerusalén la ciudad símbolo de esta primera etapa o *Época del Padre*. Europa adquiere un protagonismo indiscutible, cuando Asia pierde su hegemonía histórica. En este nuevo contexto, Grecia-Roma adquieren un significado especial. Grecia-Roma se desmoronan y asume una acción primordial la ciudad de Santiago de Compostela, convirtiéndose en la nueva urbe-símbolo. De los primeros siglos de nuestra era se ha pasado a la época medieval. Por la localización geográfica de las ciudades-símbolos, se demuestra un desplazamiento de los centros neurálgicos-simbólicos, casi en una línea recta, de oriente a occidente.

Santiago representa el punto final del occidente europeo, es sencillamente su punto extremo, su "finisterre", su fin de la tierra. Grecia-Roma-Santiago representa la etapa de madurez o *Etapa del hijo*. Esta fuerza genesíaca que tiende hacia un occidente más extremo sigue imponiendo su ley y realizando su destino, de forma que el eje, primero, Jerusalén, después, Grecia-Roma-Santiago, sale de sus coordenadas espaciales para dispararse hacia América, el Nuevo Mundo.

Por la lectura simbólica que nos ofrece Juan Larrea de la historia de los pueblos, parece que América es por destino y por determinismo histórico ese Nuevo Mundo hacia donde tiende la humanidad en su proceso de maduración superativa. La promesa de esa América, nueva tierra de promisión, representa la etapa de culminación o *Época del Espíritu*. La historia a lo largo de los siglos recorre el mismo camino que la trayectoria diaria que traza la ruta del sol, como si el desplazamiento del sol se comportara como índice simbólico de la trayectoria humana a través de los siglos en su intento de alcanzar un nuevo mundo, sede de una nueva vida y de un hombre nuevo.

Este proceso de desplazamiento de oriente a occidente implica dos principios complementarios. El primero supone que cada paso dado en el eje este-oeste engendra la destrucción del foco originario y, como contrapartida, el nacimiento de un nuevo centro de irradiación. De esta manera, se verifica un proceso de constante renovación, donde la muerte del progenitor significa vida para el descendiente o sucesor. El segundo principio, basado en la razón de renovación, señala un camino que de forma progresiva va materializando la razón del amor.

En la "Epoca del Hijo" se impone Roma como Ciudad Imperial, como Ciudad Eterna, como Ciudad de la Fuerza. A su vez, Santiago, tal como se ha indicado, aparece como el *más allá* de Roma. Sin embargo, para verificarse este salto, primero tiene que morir Roma, porque sólo su muerte puede generar una nueva vida, Santiago. Santiago, de esta manera, es el fruto y la consecuencia de la muerte de Roma. A su vez, Santiago tiene que morir para generar una nueva vida-símbolo. Por eso, el "más allá" de Santiago, que proclama un nuevo mundo y una nueva tierra, se objetiva en América, la tierra del Amor. De esta manera, *América* revela la superación completa de Roma, cuya dicción invertida es amor. La inversión de la razón de Amor, concretada en Roma, símbolo de la fuerza y del fascio, es superada y objetivada en una nueva tierra de amor, América. Entre Roma y América se encuentra el paso de Santiago de Compostela, expresión del fin del viejo mundo, Finisterre, y símbolo del campo de las estrellas, "Compostela", término connotador del abrazo entre el cielo y la tierra como "campus stellae", y dirección hacia la meta final. Compostela, de esta manera, es punto de partida en el itinerario que conduce a la epifanía del Espíritu en el Nuevo Mundo.

España para concretar su destino y su papel en este proceso de renovación tenía el deber de ofrendar su vida en nombre de una nueva existencia más perfecta. Este principio de inmolación explica la razón profunda de la guerra civil. Aunque en apariencia España negaba su "más allá", imponiendo la fuerza sobre el espíritu, en realidad estaba cumpliendo con el destino que tenía designado desde el origen de los tiempos. Como consecuencia de la guerra civil, España muere bajo el peso de las armas. Se impone sobre su suelo la fuerza simbolizada por Roma y el fascismo, inversión y contrafactum del principio de amor. Sin embargo, como respuesta a esta situación de involución en la España geográfica, nace la *España Peregrina*, la "España del éxodo y del llanto", que asume toda la experiencia occidental para revitalizar la razón de amor, *América* en el Nuevo Mundo. De esta manera, la "España Peregrina" materializa la etapa histórica de América, la etapa simbólica del Espíritu. América como materialización del espíritu y de los valores absolutos inicia su itinerario hacia la definitiva proclamación de la "divina ciudad del hombre".

Eugenio Imaz y Juan Larrea, grandes amigos en la vida y colaboradores asiduos en diferentes empresas de la "España Peregrina", desarrollan cada uno de ellos un cuerpo de doctrina muy afín ideológicamente y muy próximo emocionalmente. *Humanidad* en el caso de Eugenio Imaz y *América* en Juan Larrea son términos símbolos que sintetizan sus planteamientos ideológicos respectivos. Tal como se ha ido proponiendo, es fácil comprender que el planteamiento que ofrece cada uno de estos escritores es respuesta y consecuencia a su situación de exiliados. Al ser unos desposeídos y unos desterrados mantienen únicamente en el espacio emocional de su mundo interior la evocación o imagen de su patria-España. Ésta sufre un proceso de desobjetivación y desmaterialización. Desaparecen los contornos físicos, las formas

materiales y concretas, etc., y se revitalizan sus aspiraciones, sus ideales y su destino. De esta manera, las esencias vírgenes de la España inmolada permanecen vivas en el espíritu y en la conciencia de sus hijos peregrinos. Con la fe puesta en los valores y en las virtudes de esa España crucificada, los exiliados irrumpen por los caminos abiertos del mundo, traspasando los límites reduccionistas de una geografía física. La verdadera patria ya no es un pedazo de tierra, sino el ejemplo de un comportamiento y el valor de unas ideas.

3.3. Cástor Narvarte

En la nómina de pensadores y filósofos del exilio vasco Cástor Narvarte ocupa un lugar preeminente. Su vocación tardía para la filosofía le aleja en cierto sentido de los principios y de las motivaciones que determinaban el pensar de los escritores hasta ahora analizados. Igualmente, su lejanía de los focos centrales del exilio parece condicionar y diferenciar sus claves ideológicas de las planteadas en los casos de los otros dos filósofos vascos. Mientras Eugenio Imaz y Juan Larrea convivieron y participaron en unas mismas vicisitudes y en similares experiencias culturales en México, Cástor Narvarte siempre se encontró aislado y encerrado en la prisión natural que forman los Andes y el Océano Pacífico en la ciudad de Santiago de Chile. Quizás la juventud del profesor irundarra (1919), casi 20 años más joven que Eugenio Imaz y casi 25 con respecto a Juan Larrea, sus personales experiencias de la guerra con su exilio consiguiente y su vocación tardía determinan las claves de su pensamiento filosófico, diferente con respecto a los otros filósofos del exilio vasco.

Cástor Narvarte, como Juan Larrea y otros grandes pensadores, se mueve entre el terreno de la filosofía pura y el de la literatura, ya que tanto la una como la otra son medios idóneos para exponer un pensamiento y revelar las interrogantes personales frente al ser y la existencia. De esta manera, se hermanan plenamente el escritor y el filósofo. Dentro del campo de la creación literaria, escribe diversas obras como *La hoz* (Santiago de Chile, 1962), *Ir a una estrella* (Santiago de Chile, 1964) y *Los ojos del gavián* (Santiago de Chile, 1975). La temática de sus obras literarias oscila entre las vivencias de integración y vida de los exiliados en Santiago y las obsesiones personales en una sociedad de violencia y destrucción. Su fondo es vitalista y su problemática profundamente humanista. Desde el punto de vista estrictamente filosófico escribe entre otros títulos) *Problemas de métodos y teorías* (Santiago de Chile, 1981), *Nihilismo y violencia* (Santiago de Chile, 1982). Como en los casos anteriores, los títulos presentados son una buena muestra de sus aportaciones al mundo de la cultura y de su importancia en la parcela del pensamiento.

Según el pensador guipuzcoano, aunque hoy en día lo que cuenta para el común de los mortales es la simple y llana realidad, el conjunto de circunstancias vitales que determinan la existencia y la experiencia de cada persona, lo auténticamente importante para el filósofo tiene que basarse en la problemática del ser, acentuando de esta manera la dimensión ontológica de la filosofía. Desde este punto de vista, la misión del filósofo es conocer y en la misma medida en que se conoce se es filósofo; y se es más filósofo en cuanto más se conoce. Así, la filosofía aspira a ser conocimiento absoluto de lo absoluto.

En cuanto captación y comprensión de lo absoluto, la filosofía se convierte en ciencia y el filósofo en un auténtico científico. Ahora bien, la ciencia filosófica no se mueve únicamente en las esferas abstractas del ser, investiga igualmente asuntos de interés humano como la existencia, Dios, la libertad, etc. De esta manera, la filosofía parte del ser, de su presencia y busca comprender, interpretar y asimilar esa realidad del ser. Desde este punto de vista, el ser se nos presenta como evidencia y como experiencia. Como afirma el propio filósofo, el ser es presencia pura, lo que actúa y se revela como eje de la verdad y punto de partida del pensar. De esta manera, no puede haber pensar sin ser. Lo que aparece es el ser y el pensar cumple con la tarea de recoger su presencia y transmitirla.

La filosofía, de esta manera, se identifica con la ontología como teoría del ser. Ahora bien, el ser se nos presenta con tres caras o categorías: como teoría del ser universal, como teoría del ser insito y como ontología de la naturaleza. Pero en un sentido u otro, cada vez que nos cuestionamos por el ser, topamos con la realidad de la existencia. El ser nos conduce a la existencia y no al contrario. Por eso, el ser es base y principio del conocer. A su vez, el ser como existencia nos lleva a la historia y toma contacto con todas las realidades mediatizadoras del comportamiento individual y social. De esta manera, esta filosofía que partía del ser desemboca en un historicismo vitalista de carácter ético.

Una de las características clave de la existencia humana es la violencia. La violencia es la manifestación externa que domina en todas las relaciones humanas. Por eso, se convierte en rasgo o razón dominante del pensamiento contemporáneo. Si la filosofía es producto y resultado de cada etapa histórica por representar la objetivación de la propia existencia, ésta como vía de conocimiento tiene que introducir sus tentáculos en la realidad dominante, en la realidad de los seres concretos. En este acto de compromiso con la realidad descubre el principio de la violencia como especie de motor de comportamiento. La violencia se revela con diferentes caras o maneras de ser: fuerza, sentimiento de poder, ultraje, negación del otro, etc. Pero la violencia puede ser más, ya que en ocasiones se convierte en una especie de religión o ética de comportamiento, a través de la cual tiende a superar sus propias limitaciones y alcanzar estados de mayor perfección moral. Don Quijote representa felizmente este estado, en cuanto convierte su existencia en una lucha contra la realidad en nombre del ideal y bajo el estandarte del bien. Del ser como origen del saber se incide finalmente tras un largo camino en el principio de la existencia como proyección de un comportamiento de sentido ético.

Si la filosofía se preocupa fundamental y primariamente por el ser, la literatura abarca y plantea el problema de la existencia en medio de la historia. Ser y existencia, los dos pilares fundamentales del pensamiento del ensayista guipuzcoano, son planteados desde una formulación abstracta en los libros de filosofía pura pero resueltos vitalmente en la obra narrativa. Por eso, se decía en un principio que filosofía y literatura son dos formas de plantear la realidad del ser humano y profundizar en la problemática de su existencia.

3.4. Otros pensadores

Aunque Eugenio Imaz, Juan Larrea y Cástor Narvarte deben ser valorados como representantes destacados de la aportación vasca al mundo del pensamiento, caben ser

citados otros nombres como Juan David García Bacca, el filósofo más significado del exilio vasco, y otros que sin ser filósofos natos han sabido desarrollar en sus escritos un pensamiento orgánico y profundo. Entre estos últimos caben ser mencionados dos figuras de fuerte personalidad: el eibarrés Toribio Echevarria y el bilbaíno Ertze Garamendi.

La bibliografía de Juan David García Bacca es amplia y heterogénea, fruto de casi sesenta años de interrogantes y respuestas. En un espacio tan dilatado de vida no sólo se suceden los títulos sino que éstos van detallando la evolución de un pensamiento que va madurando con el paso del tiempo y con el peso de nuevas ideas. Uno de los problemas, casi obsesiones del filósofo navarro, era poder sintonizar en todo momento y en toda circunstancia la praxis y la teoría, de forma que los presupuestos filosóficos que no tuvieran una incidencia directa en la vida y en la historia carecían de sentido. Aunque en un primer momento se mueve en la pura abstracción, ésta deja de tener interés en el mismo momento en que la realidad histórica, marcada por la tragedia de una guerra fratricida, impone con todo su dramático peso la verdadera identidad del hombre y la auténtica naturaleza de sus acciones. A partir de ese momento, la existencia como realidad y como experiencia se impone como eje central de todo su sistema filosófico. Asume en su compromiso ideológico un claro vitalismo historicista muy en la línea del pensamiento de Ortega y Gasset. Desde este historicismo de signo vitalista evoluciona hacia un discurso de orientación más existencialista. Este cambio se concreta en una simple variación de enfoque: de la vida como experiencia evoluciona al ser como problema existencial. Y con el problema de este ser que se hace o se deshace en la vida se entra de lleno dentro de los límites del más rabioso existencialismo.

El problema existencialista del ser y del estar le lleva al filósofo vasco a topar con la realidad social, cultural, económica y política del hombre. Es imposible explicar la existencia sin calar en sus circunstancias. García Bacca de manera progresiva se va acercando a las cuestiones sociales, reivindicando la realidad de un hombre pleno en una sociedad humanizada. De la ontología existencial se evoluciona al historicismo marxista. Una de sus obras capitales es precisamente *Humanismo teórico, práctico y positivo, según Marx* (México, 1974).

Sin embargo, a partir de este momento, el filósofo vasco da un último y definitivo salto con la defensa del tecnicismo como principio transformador de la vida y de la historia. La conciencia del hombre como realidad social y política le lleva a indagar y a buscar soluciones para una humanidad con un futuro incierto y enigmático. Encuentra la solución a esa realidad en la ciencia. Ésta se convierte en la fuerza salvadora de la humanidad. En este contexto ideológico, la capacidad creadora del ser humano adquiere un protagonismo indiscutible. Su obra *Transfinitud e inmortalidad* puede ser un buen ejemplo de esta postura técnico-científica.

García Bacca es considerado como uno de los grandes pensadores del S. XX. Al mismo tiempo es un pensador liberal, crítico y revolucionario. Buscó en todo momento la humanización del universo y la universalidad del hombre. García Bacca fue uno de los grandes pensadores del humanismo filosófico moderno. No aceptaba la realidad de las cosas como eran, sino que pretendían que fueran como debían ser. Veía que la misión del hombre en la historia era la transformación del mundo para lograr la realidad utópica de un universo armónico con un sujeto histórico en libertad y en amor.

Toribio Echevarria es un personaje tan sobresaliente como atípico dentro de nuestra cultura. Representa una situación de síntesis entre la ideología republicana y el fervor nacionalista. Esta postura en la vida queda reflejada perfectamente en su pensamiento. Lo que caracteriza a Toribio Echevarria tanto en vida como en obra es su talento humanista y su espíritu de integración.

Querer explicar este binomio, humanismo e integración, nos lleva a plantear ciertas vicisitudes de su existencia. Desde niño, el escritor guipuzcoano recibió una sólida educación religiosa, que él mismo, al margen de costumbres y tendencias, se encargó de madurar y consolidar hasta integrarla como parte consustancial de su personalidad. Cuando más tarde acepta las doctrinas socialistas, no sufre ninguna crisis de valores ni traumas vitales, sino que sintoniza en el mundo interior de su espíritu cristianismo y marxismo. Esta síntesis armónica de principios religiosos aparentemente tan opuestos y heréticos en ese tiempo, determinan una de las caras del pensamiento de Toribio Echevarría. Desde esta posición ecléctica escribe obras como *Metafísica de Urcola* (México, 1966) y *El Hijo del Hombre. Vida pública de Jesús de Nazaret* (México, 1966) junto a títulos como *La experiencia socialista en España, vista desde mi pueblo* (México, 1966).

Otro de sus ensayos más característicos que va en la misma línea de sus obras anteriores es *Tres ensayos del trabajo, la sabiduría y la oración* (México, 1966), donde desde una perspectiva regeneracionista reivindica el poder y el valor del trabajo como medio para superar las limitaciones humanas; la necesidad de la sabiduría para adecuar las realidades vitales a los principios del espíritu; y finalmente el sentido de la oración para poder crear una comunicación creadora con el Supremo Ser. Desde este punto de vista, se busca la conjunción armónica entre la immanencia y la transcendencia, entre las necesidades del cuerpo y las exigencias del espíritu.

Muy en la línea del institucionalismo, planteaba la realidad minúscula de su yo personal y de sus circunstancias ambientales como elementos integrantes de unidades mayores hasta formar parte de la totalidad humana e histórica. La defensa del "yo-personal" le llevaba a la aceptación de lo humano-universal como admitir lo universal-humano implicaba proclamar la particularidad del "yo-personal". Estos supuestos de base explican la postura tan personal que mantiene el escritor eibarrés frente al dilema de cultura vasca en euskera y cultura española en castellano. Toribio Echevarria no podía renunciar a ninguna de sus dos culturas, porque rechazar una de ellas suponía destruir los pilares de su personal e íntimo planteamiento intelectual y humanista.

Otro gran pensador malogrado por una muerte prematura fue el sacerdote vizcaíno Ramón Ertze Garamendi. Después de muchos años de actividad universitaria y periodística, cuando su afán era sistematizar todos sus escritos y dar forma coherente a su pensamiento, moría de un ataque al corazón a la edad de 64 años. Lo que pudo ser un pensamiento coherente y sistematizado, quedó esparcido en sus miles de artículos y escritos. Sin embargo, hurgando entre éstos es fácil deducir una serie de líneas maestras que delimitan con claridad el talante de su pensamiento y la dirección de sus ideas.

La síntesis del pensamiento del escritor lequeitiarra puede resumirse en cuatro principios claves: su enraizada fe religiosa, su profundo espíritu humanista, su cientifismo de base y su talante marcadamente liberal. Con estos supuestos de vida y conducta, fue precursor del movimiento ecuménico no sólo por las innovaciones litúrgicas que llevó a cabo sino especialmente por la defensa sistemática que hacía del principio de la *Nueva Cristiandad*, postura cercana a la actual *Teología de la Liberación*. Para Ramón Ertze el amor era el primer mandamiento de la decalogía cristiana, pero amor que englobaba tanto a Dios como al hombre. El hombre era para él, "misterio palpitante de amor". Su gran paradigma era Dios-Cristo hecho hombre como anuncio y promesa real de la divinización del hombre. La razón de amor, según el pensamiento de Ertze Garamendi, tenía que regir el comportamiento social y político de las naciones y de las comunidades. En caso de tensión y enfrentamiento, el amor tenía que imponer los principios de la reconciliación y del perdón. Por eso, defendía la fuerza de la palabra y del diálogo, incluso llegó a hablar del poder regenerador de la palabra. Según el escritor vizcaíno, la obligación del auténtico cristiano y del humanista responsable era encontrar soluciones y nunca propiciar tensiones o enfrentamientos.

A partir de estos principios de amor y palabra, no tuvo inconveniente en tender la mano a los protestantes para propiciar un acercamiento si no era de fe por lo menos podía ser de amistad. Igualmente, defendió en esos tiempos, décadas de los cincuenta y sesenta, los aspectos positivos e incluso cristianos que poseía en sí el marxismo. Esta postura de abrazo con los teóricamente sus enemigos de fe y conciencia respondía a su compromiso con la verdad y a su defensa de la ética humanista.

Ramón Ertze Garamendi, como hombre de ciencia, fue crítico y liberal; como hombre de fe, fue ecuménico y comprometido con la verdad y con su conciencia; como humanista, hombre de diálogo y hombre de amistad; como persona, profundamente liberal. Todos estos rasgos se pueden rastrear sin dificultad en sus numerosos artículos, escritos, programas radiofónicos, etc. Es una de las figuras del exilio vasco que están necesitando un estudio urgente y serio para hilvanar sus ideas y ofrecer el cuadro de su pensamiento humanista, cristiano y liberal.

Si tomamos como paradigma del pensamiento vasco en el exilio las propuestas filosóficas de los seis pensadores analizados, es posible ofrecer un cuadro de valores bien definido.

En primer lugar, el principio de humanismo es una razón básica en la ideología de estos pensadores. Todos ellos entienden, desde perspectivas diferentes, que el hombre es el centro de su pensamiento, la diana de sus preocupaciones. En segundo lugar, se percibe, aspecto coincidente en todos ellos, la identificación del hombre como realidad circunstancial en un tiempo y en un espacio determinados y concretos, planteando un incuestionable humanismo circunstancial. En tercer lugar, muy unido a la razón de humanismo circunstancial y como derivación de ese mismo principio, hay que llegar a defender el compromiso histórico. La filosofía de los cinco autores propuestos rebosa historicismo. En cuarto lugar, habría que mencionar como elemento común la dimensión ética del hombre tanto en su dimensión circunstancial como en su proyección histórica. En quinto lugar, y como punto final, se verifica el denominador común entre los pensadores estudiados de otro rasgo compartido: el carácter teleológico o trascendente en sus diversas modalidades del hombre como ser histórico. De esta manera, se puede ofrecer ya el cuadro definitivo de los que pueden ser considerados como rasgos constitutivos del pensamiento vasco en el exilio: humanismo, circunstancialidad, historicismo, ética y transcendencia.

4. CONCLUSIÓN FINAL

Después del análisis realizado en el presente estudio se pueden plantear diversas conclusiones. A pesar del desconocimiento general reinante en torno a la cultura del exilio vasco y en contra de las simplificaciones críticas, consecuencia de este desconocimiento de base, se puede sostener que esta cultura es más rica y plural de lo que afirman unos y de lo que en un principio podíamos sospechar. La diversidad de autores y el número de obras escritas en el exilio o en torno al exilio y sus causas demuestran una rica y variada actividad que abarca lo mismo a los profesionales de la cultura como a muchos voluntarios que sintieron la obligación de hacer cultura por amor a su lengua y a su país. De esta manera, en el mundo cultural del exilio vasco confluyen los que viven de la cultura y los que hacen cultura por vocación. Por regla general, pero consciente de que en todo planteamiento un tanto totalitario se van a dar excepciones abundantes, se puede afirmar que el exilio nacionalista vasco produjo preferentemente una cultura de tipo vocacional mientras el exilio republicano vasco aportó un tipo de cultura más científica y profesional. Por eso, desde un punto de vista estrictamente intelectual, la cultura del exilio republicano vasco ofrece una altura y una calidad superiores a la que presenta el exilio nacionalista. De todas formas, tanto desde la óptica nacionalista como desde posiciones republicanas, la cultura del exilio vasco ofrece muy pocos nombres de resonancia internacional pero desarrolla un término medio de cultura de gran dignidad y de muy aceptable calidad.

Otro aspecto que en este estudio se ha dado por supuesto pero que esta sociedad parece no aceptar o reconocer es que la realidad del exilio afecta lo mismo a los vascos de ideología nacionalista como a los de tendencia republicana, ya que tanto los unos como los otros sufrieron las mismas consecuencias: la pérdida de su identidad nacional y la ruptura con su país de origen. No reconocer este hecho o valorar más un exilio que otro supone tergiversar y alterar los resultados finales que puede ofrecer la realidad cultural del exilio vasco, máxime cuando unos y otros, como se ha podido ver a lo largo del presente trabajo, responden a estímulos y respuestas idénticas, aunque presenten valoraciones distintas: evocación, responsabilidad y nostalgia.

Desde estas breves consideraciones es fácil comprender el complejo universo de la cultura del exilio vasco al tener muy presente la diversidad de planteamientos a partir de la identidad de motivación. De esta manera, entre la cultura nacionalista y la cultura republicana se va a crear un sistema de binomios bien definidos y diferenciados que van a marcar el ámbito de los campos culturales respectivos: Euskera-castellano, Euskalerría-España o mundo, historia del País Vasco-historia de España o historia universal. La cultura nacionalista se caracteriza en su planteamiento por su localismo y la cultura republicana por su ecumenismo, aunque ambas presenten significados de carácter universal y de sentido intemporal, ya que unos y otros desde la lejanía de sus nuevos países de adopción intentaron resolver, cada uno a su manera y según su ideología, las interrogantes sobre el medio de comunicación, el sujeto histórico y el ámbito geográfico o, lo que es lo mismo, formular e interpretar las cuestiones pertinentes sobre pueblo, historia-tierra y lengua.

5. BIBLIOGRAFÍA

- A.A.V.V. (1976-1978). *El exilio vasco de 1939* (Coord. José Luis Abellán), 6 Vols. Madrid: Editorial Taurus.
- A.A.V.V. (1985). *Al amor de Larrea* (Coor. Juan Manuel Diaz de Guereñu). Valencia: Editorial Pretextos.
- A.A.V.V. (1990). *Eugenio Imaz: hombre, obra y pensamiento* (Coord. José Ángel Ascunce). Madrid-México: Fondo de Cultura Económica.
- A.A.V.V. (1994). *La cultura del exilio vasco I pensamiento y creación literaria* : (Coords. José Ángel Ascunce y Marixa San Miguel). San Sebastián: J. A. Ascunce Editor.
- A.A.V.V. (1994). *La cultura del exilio vasco II: prensa-periodismo, hemerografía, editoriales, traducción, educación, universidad* (Coords. José Ángel Ascunce Arrieta y Marixa San Miguel). San Sebastián: J.A. Editor.
- A.A.V.V. (2000) *Memoria del exilio vasco. Cultura, pensamiento y literatura de los escritores transterrados en 1939* (Coord. Emilio Palacio Fernández). Madrid: Biblioteca Nueva.
- A.A.V.V. (2000). *Sesenta años después. Euskal erbestearen kultura* (Coord. Xabier Apaolaza, José Á. Ascunce, Iratxe Momoitio), 2 Vols. San Sebastián: Editorial Saturrarán.
- ABELLÁN, José Luis, (1998). *El exilio filosófico en América. Los transterrados de 1936*. Madrid-México: Fondo de Cultura Económica.
- ABELLÁN, José Luis, (1967). Eugenio Imaz, un humanismo en agraz. En: Filosofía española en América (1936-1939). Madrid: Ediciones Guadarrama, pp. 229-247.
- ABELLÁN, José Luis, (2000). El pensamiento en el exilio vasco. En: Memorias del exilio vasco. Cultura, pensamiento y literatura de los escritores transterrados en 1939. Madrid: Biblioteca Nueva, pp. 147-159.
- ADURIZ, Iñaki, (1995). *Eugenio Imaz: una filosofía de la vida. Conciencia y espiritualidad*. San Sebastián: Universidad de Deusto.
- ADURIZ, Iñaki, (2000). *Eugenio Imaz: bizi-kompromisoa*. San Sebastián: Editorial Saturrarán.
- ADURIZ, Iñaki, (1990). La primacía del hombre y de la conciencia a través de la historia. En: Eugenio Imaz, Eugenio Imaz: hombre, vida y pensamiento. Madrid-México: Fondo de Cultura Económica, pp. 70-86.
- AMEZAGA, Arantzazu, (1983). Vascos en América. En: Kultura, N°. 4. Vitoria, pp. 65-79.
- AMEZAGA, Elías, (1984-87)). *Autores Vascos*, (10 Vols.). Bilbao: Gorka Ediciones.
- AMEZAGA, Elías, (1989). *Euskadi, el cruce de tres culturas*. Bilbao.
- APAOLAZA, Xabier, (1994). De la esperanza de una cultura nacional al exilio (1895-1960). En: La cultura del exilio Vasco I. San Sebastián: J.A. Ascunce Editor, pp. 55-134.
- APAOLAZA, Xabier, (2000). Antecedentes ideológicos y culturales del exilio vasco. En: Memoria del exilio vasco. Madrid: Biblioteca Nueva, pp. 27-70.
- ASCUNCE, José Ángel, (1991). *Topías y utopías de Eugenio Imaz. Historia de un exilio*. Barcelona: Editorial Anthropos.
- ASCUNCE, José Ángel, (1994). *Antología de textos literarios del exilio vasco*. San Sebastián: J.A. Ascunce Editor.

- ASCUNCE, José Ángel, (1990). Eugenio Imaz: poesía-cultura-filosofía como interregnos entre el humanismo y la humanidad. En: Eugenio Imaz: hombre, obra y pensamiento. Madrid-México: Fondo de Cultura Económica, pp. 167-190.
- ASCUNCE, José Ángel, (1994). Pensamiento y creación literaria. En: La cultura del exilio I. San Sebastián: J.A. Ascunce Editor, pp. 199-245.
- ASCUNCE, José Ángel, (2000). La cultura del exilio vasco en castellano. En: Memoria del exilio vasco. Madrid: Biblioteca Nueva, pp. 71-97.
- ASCUNCE, J. A.; SAN MIGUEL, Marixa, (1994). El exilio vasco como realidad cultural. En: La cultura del exilio vasco I. San Sebastián: J. A. Ascunce Editor, pp. 9-54.
- AULESTIA, Gorka, (1992). *Erbesteko euskal literaturaren antología*. San Sebastián: J.A. Ascunce Editor.
- AULESTIA, Gorka, (1993). La literatura vasca en el exilio. En: Homenaje a Francisco de Abriqueta (Coord. Román Sudupe) Markina, Sociedad Bolivariana del País Vasco, pp. 393-414.
- BARY, David, (1976). *Larrea, poesía y transfiguración*. Barcelona: Editorial Planeta.
- BEORLEGUI, Carlos, (1983). *La filosofía del hombre en Juan David García Bacca*. Bilbao: Universidad de Deusto.
- BILBAO, Jon, (1970-1085). *Eusko-bibliographia*. San Sebastián: Auñamendi.
- DIAZ de GUEREÑU, Juan Manuel, (1988). *La poesía de Juan Larrea, creación y sentido*. San Sebastián: Universidad de Deusto.
- DIAZ de GUEREÑU, Juan Manuel, (1988). *Juan Larrea, versiones del poeta*. Bilbao: Universidad de Deusto.
- GURNEY, Robert, (1985). *La poesía de Juan Larrea*. Leioa: Universidad del País Vasco.
- SAN SEBASTIÁN, Koldo, (1988). *El exilio vasco en América (1936.1946). Acción del gobierno vasco*. San Sebastián: Editorial Txertoa.
- UGALDE, Martín, (1976). El exilio en la literatura vasca. Problemas y consecuencias. En: El exilio español de 1939, (tomo VI). Madrid, pp. 217-283.
- URKIZU, Patri, (1995). *Exiliatuok ez gara inongoak*. Vitoria: Diputación Foral de Álava.
- URKIZU, Patri, (1994). Aproximación a la literatura vasca de la Guerra Civil y el exilio a través de la prensa (1936-1956). En: La Cultura del Exilio Vasco II. San Sebastián: J.A. Ascunce Editor, pp. 13-41.
- URKIZU, Patri, (2000), La cultura del exilio vasco en euskera. En: Memoria del exilio vasco. Madrid: Biblioteca Nueva, pp. 99-145.